



NOS LLAMAN LAS LOCAS DE LAS PALAS

El papel de las mujeres en la búsqueda
de sus familiares desaparecidos





NOS LLAMAN LAS **LOCAS** DE LAS **PALAS**

El papel de las mujeres en la búsqueda
de sus familiares desaparecidos

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos profundamente a **María Elena Medina Vargas, Michelle Quevedo Orozco, Virginia Garay Cázares, Mercedes Guadalupe Ruiz González, Jocelyn Orgen Calderón, Rosa Neris, Columba Arróniz González, Evangelina Contreras Ceja y María Herrera Magdaleno** por abrir su corazón para este reportaje, por su amoroso e incansable trabajo y por hacer de éste un país mejor.

DIRECTOR

Santiago Aguirre Espinosa

ÁREA DE ADMINISTRACIÓN

Alejandra Govea Briseño
Hiram Gutiérrez Bautista
Inés Casarrubias Gámez
Isaías Gonzalo Flores Romero
José de Jesús Maldonado García
José Luis Alvarado Rodríguez
Mireya López Cruz
María del Consuelo López Juárez
María del Rosario Reyes Jiménez
Marisol Zamora Morales

ÁREA DE DESARROLLO INSTITUCIONAL

Claudia Elizabeth Nátera Lara
Diana Lynn Cortese
Yeny Santiago Alcaraz

ÁREA INTERNACIONAL

Maria Luisa Aguilar Rodríguez
Sofía de Robina Castro
Stephanie Erin Brewer

ÁREA DE DEFENSA INTEGRAL

Ivette Estefanía Galván García
Luis Eliud Tapia Olivares
Melissa Zamora Vieyra

ÁREA DE EDUCACIÓN

Alba Yutzel García Ríos
Luis Orlando Pérez Jiménez
Meyatzin Velasco Santiago
Zaira Magaña Carbajal

ÁREA DE COMUNICACIÓN Y ANÁLISIS

Adazahira Chávez Pérez
Carlos Naim Camacho Velázquez
David Eduardo Mirafuentes Ortega
Narce Dalia Santibáñez Alejandre
Xosé Roberto Figueroa Rivera

Desde su creación en 1988 por la Compañía de Jesús, el CENTRO DE DERECHOS HUMANOS MIGUEL AGUSTÍN PRO JUÁREZ A.C. (Centro Prodh) ha defendido, promovido e incidido en la vigencia y el respeto de los derechos humanos en el país.

La misión del Centro Prodh es defender los derechos humanos de personas y colectivos excluidos, en situación de vulnerabilidad o empobrecidos, para contribuir en la construcción de una sociedad más justa, equitativa y democrática en la que se respete plenamente la dignidad humana.

Serapio Rendón 57-B, Col. San Rafael, Ciudad de México.
Tels: (0155) 5546 8217, (55) 5566 7854, (55) 5535 6892
Fax: ext. 108



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Editado en México / Edited in Mexico



NOS LLAMAN
**LAS
LOCAS
DE LAS
PALAS**

El papel de las mujeres en la búsqueda
de sus familiares desaparecidos

Primera edición: febrero de 2020

Este proyecto
fue apoyado por el

Fondo Canadá para
Iniciativas Locales



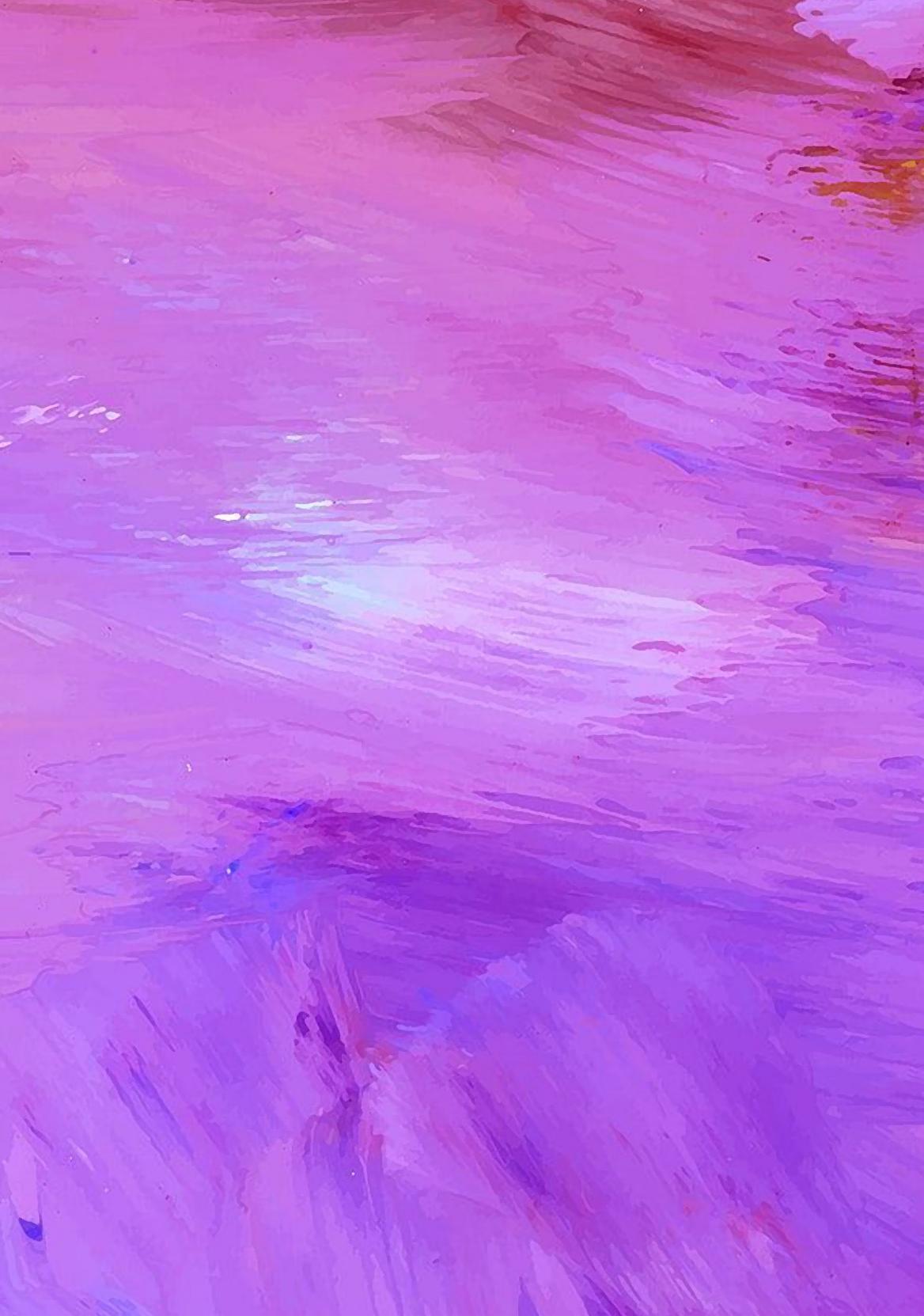
Fondo Canadá

Gouvernement du Canada
Ambassade du Canada

Contenido

Introducción	11
.....	
1 9 desapariciones, 9 historias de lucha	15
• Infografía ¿Quiénes son las mujeres que buscan?	17
• María Elena Medina Vargas	18
• Michelle Quevedo Orozco	19
• Virginia Garay Cázares	20
• Mercedes Guadalupe Ruiz González	21
• Jocelyn Orgen Calderón	22
• Rosa Neris	23
• Columba Arróniz González	24
• Evangelina Contreras Ceja	25
• María Herrera Magdaleno	26
.....	
2 Dolor de entraña. Razones por las que son ellas quienes buscan	29
• Infografía ¿Por qué son ellas quienes buscan?	31
.....	

3 La justicia que muerde a las mujeres	37
• Infografía La justicia frente a las mujeres en búsqueda	39
• El camino de la decepción	39
• La búsqueda	45
4 "Vas perdiendo todo"	51
• Infografía Impactos en la búsqueda de personas desaparecidas en las mujeres	53
• Sin duelo	54
• El olvido de tí misma	55
• "Nomás les gusta el argüende"	58
• Proyectos truncados	59
• Todo para la búsqueda	60
• Seguir sosteniendo	52
5 Dblemente abandonados	65
• Infografía Impactos en la búsqueda de personas desaparecidas en las familias	67
6 "No quiero este México para mis nietos"	71
• Infografía Construcción de resiliencia	73
• La fuerza es colectiva	78
7 La responsabilidad del Estado	83



INTRODUCCIÓN

Cuando te pasa esto lo primero que pierdes es la estabilidad emocional, luego viene lo económico y poco a poco vas perdiendo todo, hasta las amistades.

**María Herrera Magdaleno, madre de los desaparecidos
Raúl, Salvador, Luis Armando y Gustavo**

EN ENERO DE 2020, EL GOBIERNO FEDERAL CIFRÓ EL NÚMERO PROVISIONAL de personas desaparecidas desde la década de los sesenta en 61 mil 637; el 97% de éstas habrían desaparecido entre los años 2006 y 2019, es decir, a partir del inicio de la militarización de la seguridad pública. Esta abultada cantidad no incluye todavía la información de diez estados que no la han entregado; es decir, es esperable un aumento significativo en la estadística. Además, hay una cifra negra sin estimar de las personas que, principalmente por miedo, no denuncian.

El informe, presentado por el subsecretario de Derechos Humanos, Población y Migración y por la titular de la Comisión Nacional de Búsqueda, señala que del total de personas desaparecidas, el 74 por ciento son hombres y el 25 por ciento son mujeres. El mayor número de casos se da en hombres de 20 a 29 años de edad y en mujeres de 15 a 24.

El documento también consigna que, entre el 1 de diciembre de 2018 y el 31 de diciembre de 2019, fueron encontradas 874 fosas clandestinas con restos de mil 124 cuerpos, de los cuales solamente se han identificado 395 y entregado a sus familias a 243. La cifra de fosas clandestinas, sumadas desde 2006, llega a las 3 mil 631.

Más allá de la polémica por la metodología empleada para hacer estas estadísticas¹, lo que es cierto es que los números nos pueden dar un indicio del alcance y profundidad de la tragedia que representa la desaparición hoy en día. Cada uno de esos más de 60 mil casos de personas sustraídas tiene detrás a una familia viviendo continuamente en el dolor y a una comunidad rota por la violencia y la impunidad, pues las desapariciones, por regla general, no son investigadas, las personas no son devueltas a sus familias y la sociedad no accede al conocimiento de las dinámicas y la identidad de los perpetradores de esta grave violación a los derechos humanos.

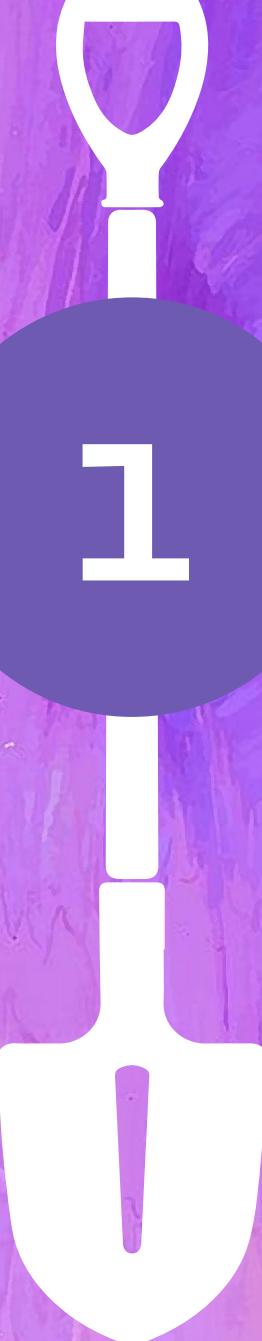
Al igual que durante las décadas de los sesenta a los ochenta del siglo pasado, la impunidad de las desapariciones ha sido enfrentada primordialmente por la resiliencia y la fuerza de las familias de las víctimas. A través de la organización en colectivos, la movilización en las calles, la búsqueda directa y la incidencia política, las familias han reconfigurado tanto el mapa de la sociedad civil organizada como la caracterización de las víctimas de violaciones a derechos humanos, han logrado que su voz se escuche y han señalado los puntos álgidos de la situación.

Dentro del movimiento de familiares de víctimas, las mujeres juegan el papel principal. Son la amplia mayoría de quienes se organizan y movilizan, sin que se la sociedad conozca y reconozca el rol que están desempeñando para enfrentar la crisis. De la misma manera, son quienes reciben la mayoría de los impactos como víctimas indirectas, tanto por su número dentro de las organizaciones como por su situación específica de género.

Desde el Centro Prodh nos dimos a la tarea de entrevistar a nueve mujeres que son parte de los colectivos de familiares para conocer su experiencia ante el aparato de justicia, las consecuencias económicas, físicas y sicológicas que les ha traído la desaparición y la búsqueda y su papel como sujetas políticas. Los hallazgos, si bien no pueden ser tomados como un estudio sociológico –este material fue planteado como un

1. Data Cívica, 6 de enero de 2020. “Hoy en conferencia de prensa, la @SEGOB_mx dio a conocer cifras nuevas sobre la cantidad de personas desaparecidas y sobre el número de fosas identificadas. Ni la metodología que utilizaron para llegar a estas cifras actualizadas, ni los microdatos, son públicos. Abrimos hilo”, recuperado de <https://twitter.com/datacivica/status/1214299379265343488>

reportaje— sí nos permiten a las organizaciones acompañantes, a la sociedad en general y al mismo movimiento de familias comenzar a dimensionar los impactos en las mujeres que buscan a quienes nos faltan a todos, apreciar el trabajo que hacen e imaginar formas de solidaridad con ellas y sus colectivos. 



1



• • • • • • • • • • • • • • • • • • •

**9 DESAPARICIONES,
9 HISTORIAS DE LUCHA**

¿QUIÉNES SON LAS MUJERES ENTREVISTADAS? ¿QUÉ BUSCAN?

Mujeres entrevistadas



De las cuales, por su relación con la persona que buscan son:

5 madres



- 1 madre y esposa
- 1 hermana
- 1 cuñada
- 1 hija

Las desapariciones no siempre son individuales

En 5 de las 9 entrevistas, las víctimas son múltiples dentro de la misma familia.



Un esposo y dos hijos



Un hermano desaparecido más un hermano y la pareja asesinados durante los hechos



Un cuñado y dos concuños



Un hijo y un sobrino



Cuatro hijos en dos eventos

En 8 de las 9 entrevistas, las mujeres son la mayoría en sus colectivos de búsqueda.

¿Qué trabajos hacen?

7 dan acompañamiento y orientación a nuevos casos

1 formó una asociación especializada en psicología para familiares de desaparecidos.

5 participan en brigadas de búsqueda en vida y en fosas

1 participa en incidencia legislativa

9 participan en movilizaciones



MARÍA ELENA MEDINA VARGAS

MARÍA ELENA ES ORIGINARIA DE NUEVO ZIROSTO, MICHOCÁN; estudió hasta la primaria y se dedicaba a trabajar en la pequeña empresa aguacatera de la familia y en su hogar. El 3 de julio de 2008, su esposo –en sillas de ruedas– Leonel Orozco Ortiz fue desaparecido por un grupo de civiles con armas largas. En abril de 2009, su hijo Leonel Orozco Medina fue desaparecido presuntamente por agentes de la extinta Agencia Federal de Investigaciones (AFI).

La familia fue despojada de sus propiedades y María Elena, su hija, su nuera, su hijo menor Moisés y sus nietas se desplazaron a la Ciudad de México y luego a Morelia. En 2012, su hijo Moisés –quien era el que llevaba la batuta en la denuncia– fue desaparecido por elementos de la Policía Municipal de Apatzingán.

Aunque legalmente recuperaron sus propiedades, la violencia y las amenazas no les han permitido volver a su hogar. La familia ha recibido atentados.

De sus hijos y su esposo, María Elena aún no sabe nada. En 2017 le dijeron que los expedientes están “archivados”.



MICHELLE QUEVEDO OROZCO

MICHELLE NACIÓ EN VERACRUZ. ESTUDIÓ COMERCIO INTERNACIONAL y Aduanas; tenía una pequeña empresa de transporte con su pareja, Miguel Elia-cim, y estaban buscando embarazarse cuando, el 15 de marzo de 2014, su hermano Gerson fue secuestrado en Medellín, Veracruz. En un intento de rescate fueron asesinados su hermano de 15 años, Alan, y Miguel.

Debido a las amenazas, apenas al terminar de velar a Alan la familia debió huir de Veracruz; perdieron su empresa y, por un tiempo, su casa. Casi cuatro años después, en diciembre de 2017, se confirmó que los restos de Gerson fueron identificados entre los miles encontrados en Colinas de Santa Fe, en el puerto de Veracruz. La familia ha sido objeto de amenazas y atentados y no ha podido regresar a su hogar.

Michelle, su madre y su padre han insistido en que, además de secuestro y homicidio, se investigue también la responsabilidad de los perpetradores por delincuencia organizada.

Ahora, Michelle tiene una hija, estudia Criminalística, colaboró en el equipo que dio forma a la Ley Federal de Declaración Especial de Ausencia para Personas Desaparecidas y ha sido parte del Consejo Nacional de la Comisión Nacional de Búsqueda de Personas. Es integrante del colectivo *Familiares en Búsqueda María Herrera*.



VIRGINIA GARAY CÁZARES

VIRGINIA ES ORIGINARIA DE GUADALAJARA, JALISCO, pero lleva más de 26 años viviendo en Tepic, Nayarit. Tiene estudios técnicos en Informática y una carrera en Cosmiatría; se dedicaba al trabajo del hogar y a hacer tratamientos faciales y masajes. El menor de sus tres hijos, Bryan, fue desaparecido en febrero de 2018. Él había insistido a su mamá en irse de la ciudad a un lugar menos violento y con más oportunidades.

Aunque Bryan nació en Tepic y era muy conocido, Virginia dice que todo mundo tiene miedo y no ha podido obtener información de su paradero. Incluso el dueño del puesto de hamburguesas donde trabajaba niega que estuviera empleado ahí al momento de la desaparición.

Ella dejó su trabajo y su proyecto de tener un spa para dedicarse a la búsqueda de su hijo.

Virginia forma parte del colectivo *Guerreras en Busca de Nuestros Tesoros Nayarit*.



MERCEDES GUADALUPE RUIZ GONZÁLEZ

MERCEDES ES PSICÓLOGA EDUCATIVA. NACIDA EN ZAMORA, MICHOACÁN, tiene más de 40 años viviendo en Morelia. Estaba estudiando una maestría cuando Guillermo, el mayor de sus tres hijos, de profesión abogado, fue desaparecido.

Hasta ese momento –29 de noviembre de 2010– tenía el proyecto de hacer un despacho junto con su hijo. Viuda, siguió estudiando pero redujo su trabajo al mínimo para buscar a su hijo y seguir siendo el sustento del menor.

Guillermo fue desaparecido cuando iba con rumbo a la Costa de Michoacán; la sábana de llamadas situó a su teléfono por última vez cerca de la zona militar de Apatzingán. Mercedes dice que nunca se hizo un operativo de búsqueda inmediata; ella tuvo acceso al expediente hasta 2012 y obtuvo copia hasta el 2015. También en la comisión de derechos humanos estatal le negaron acceso a su expediente.

Mercedes es integrante del colectivo *Familiares Caminando por Justicia*.



JOCELYN ORGEN CALDERÓN

JOCELYN ES ORIGINARIA DE NECAXA, PUEBLA. Madre soltera de tres hijos, busca a su padre, desaparecido en noviembre de 2013 en Huachinango, Puebla.

Estudió hasta el cuarto semestre de Diseño Gráfico y trabajaba en Comisión Federal de Electricidad.

Ahora, estudia Psicología y vende comida y electrodomésticos para sostener la búsqueda y a su familia.

Jocelyn es cofundadora de *Uniendo Cristales*, asociación civil que proporciona orientación psicológica a familiares en búsqueda.

Aún no sabe cuál es el paradero de su padre.



ROSA NERIS

ROSA ES UNA TRABAJADORA JUBILADA DE LA RADIO, originaria de Culiacán, Sinaloa.

Ella busca a su cuñado, Daniel Zavala Martínez, y a dos familiares más que fueron desaparecidos junto con él en Coahuila el 23 de abril de 2010.

Rosa se integró a los grupos de rastreadoras en 2014 a través del contacto que le facilitó el periodista Javier Valdez. Pertenece a *Sabuesos Guerreras*.

Hasta la fecha, no hay línea de investigación en el caso de la desaparición de su cuñado.



COLUMBA ARRÓNIZ GONZÁLEZ

COLUMBA ES UNA PROFESORA DE PREESCOLAR ORIGINARIA DE PLAYA VICENTE, VERACRUZ. De ese poblado salieron su hijo Bernardo, su sobrino José, Susana, Alfredo y Mario Arturo el 11 de enero de 2016 para divertirse en el puerto de Veracruz. De regreso a sus hogares, fueron detenidos por policías estatales en Tierra Blanca, entregados a integrantes del crimen organizado y privados de la vida en el Rancho El Limón.

Las familias acamparon fuera del Ministerio Público de Tierra Blanca como medida de presión. Tuvieron que pasar cerca de cuatro semanas bajo una gran atención mediática y social para que se tuvieran los primeros indicios del paradero de la chica y los muchachos.

Tres meses después de la desaparición, a Columba le entregaron un pequeño fragmento de hueso de su hijo mayor, lo único que pudieron identificar con certeza las autoridades de entre los centenares de restos hallados en el lugar, además de una gota de sangre perteneciente a Alfredo. En marzo de 2019, los gobiernos estatal y federal les ofrecieron una disculpa pública. Las familias han insistido en reclamar verdad y justicia, que aún no llegan.



EVANGELINA CONTRERAS CEJA

EVANGELINA, ORIGINARIA DE MICHOACÁN, BUSCA A SU HIJA TANIA, desaparecida en Caleta de Campos, Michoacán, en julio de 2012 por civiles, un policía municipal y un marino.

Evangelina debió desplazarse por las amenazas y atentados en su contra debido a la búsqueda que realiza. Uno de sus hijos fue secuestrado también pero ella logró que fuera rescatado con vida.

Aunque las precarias condiciones de seguridad no le permiten realizar la búsqueda en la zona donde sospecha que puede estar el paradero de su hija, sí acompaña a familias y participa en rastreos en otras zonas.

Evangelina vende comida y es integrante del colectivo *¿Dónde están los desaparecidos?*



MARÍA HERRERA MAGDALENO

ORIGINARIA DE PAJACUARÁN, MICHoACÁN, María Herrera es madre de ocho hijos. Raúl Trujillo Herrera de 19 años de edad, y Salvador Trujillo Herrera, de 24, fueron desaparecidos en el año 2008 en Atoyac de Álvarez, Guerrero. Dos años después, al buscar recursos económicos para continuar con la búsqueda de sus hermanos, Luis Armando Trujillo Herrera, de 24 años de edad, y Gustavo Trujillo Herrera, de 28, fueron desaparecidos en el estado de Veracruz.

Tras aportar elementos a la investigación que no fueron tomados en cuenta y al comprobar la complicidad de las autoridades con el crimen organizado, la familia Trujillo Herrera se incorporó al *Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad*. Tras interpelar al entonces presidente Felipe Calderón durante los diálogos que éste sostuvo con el movimiento, doña Mari se convirtió en un emblema de las madres en búsqueda.

En 2013, María y sus hijos impulsaron el nacimiento de la Red de Enlaces Nacionales, una coordinación de colectivos de familiares en búsqueda de 21 estados de la República. En 2014 fundaron *Familiares en Búsqueda María Herrera A.C* que, en conjunto con Enlaces Nacionales, ha construido una gran red de colectivos. Para 2016, las organizaciones de familiares lanzaron en Veracruz la primera Brigada Nacional de Búsqueda de Personas Desaparecidas; la segunda se realizó en julio del mismo año, también en Veracruz;

la tercera se realizó en Sinaloa, en enero de 2017; la cuarta, en enero de 2019 en Guerrero y la quinta, en febrero de 2020 en Veracruz.

A la fecha, no se ha dado con el paradero de ninguno de los cuatro hijos de doña Mari. La familia ha sido objeto de múltiples amenazas y atentados, por lo que ha debido desplazarse a diferentes lugares.



• • • • • • • • • • • • • • • • • • • •

**DOLOR DE ENTRAÑA.
RAZONES POR LAS QUE
ELLAS SON QUIENES BUSCAN**

¿POR QUÉ SON ELLAS QUIENES BUSCAN?



8

razones tienen que ver con los **roles tradicionales de la mujer como cuidadora y del hombre como proveedor económico**.



6

razones señalan que **la mujer es el único miembro de la familia que materialmente puede hacerlo porque no hay nadie más**.



4

razones consideran que **los hombres se desesperan o resignan rápido**.



3

razones tienen que ver con **no exponer al peligro a otros miembros de la familia**.



3

razones son que **los hombres están demasiado afectados por la desaparición**.

ELLAS —MADRES, ESPOSAS, HERMANAS, HIJAS, CUÑADAS— son la mayoría en las marchas, en la confrontación o la interlocución con funcionarios, en las brigadas de búsqueda en terreno, en las reuniones. Y sin embargo, la preponderancia de su papel es invisibilizada fuera de sus círculos. Los titulares de la prensa hablan habitualmente de familias. “Familiares de desaparecidos se reúnen con gobernador”; “Marchan familias de desaparecidos”. Quizá la única excepción es el 10 de mayo, cuando se realiza la marcha de madres de personas desaparecidas; o en las caravanas de madres de personas migrantes desaparecidas.

“Sí, la mayoría somos mujeres, sobre todo son mamás”, asegura Rosa Neris, buscadora de Sinaloa, cuñada del desaparecido Daniel Zavala Martínez. En su colectivo hay solamente tres parejas que buscan a sus hijos o hijas. En el colectivo de Jocelyn Orgen Calderón, quien busca a su padre

en Puebla, “hay hombres también, pero son las mujeres las que están al pie”. Esta es la regla entre quienes entrevistamos: en 8 de 9 casos, la mayoría o la totalidad de quienes integran sus organizaciones son mujeres. La excepción en este grupo de nueve entrevistas es el caso Tierra Blanca. Por su relación con la persona que buscan, seis de las entrevistadas son madres y, el resto, hermanas, hijas o con otro parentesco.

En consecuencia, a pesar de que muchas de las tareas que se realizan en los colectivos podrían ser tradicionalmente atribuidas a los hombres (reuniones con autoridades y largas jornadas de trabajo en terreno, por ejemplo), en las organizaciones de familias son las mujeres quienes ejecutan estos trabajos.

La explicación, para ellas, es clara: son las cuidadoras. Primero, en la familia. Ahora, en el espacio público. Ocho de las nueve entrevistadas han esgrimido razones que tienen que ver con la división tradicional de los roles de género para explicar esto.

“Mi esposo prácticamente se ha dedicado a trabajar y a ser el sustento de la casa, y yo todo lo demás. Así he estado yo siempre, en el rol con los niños. Y creo que sigue igual porque soy yo la que está buscando”, razona Virginia Garay, que busca a su hijo de 19 años desaparecido en Tepic, Nayarit.

A veces, la ausencia de hombres en la familia lleva a que sean ellas quienes busquen. En 6 casos, explicaron que la mujer era el único miembro de la familia que materialmente podía hacerlo, ya fuera por ser viuda, porque el resto de la familia se desplazó, porque los hombres están ausentes del núcleo familiar o porque ella no tiene una familia aparte –es decir, no tiene pareja.

Sin embargo, al indagar más en los casos en los que sí existen varios familiares que podrían realizar la búsqueda, las razones por rol tradicional de género se vuelven a hacer presentes. En la mayoría de las ideas esgrimidas, además de la idea de la mujer como cuidadora, se menciona que ellas poseen un impulso único que las lleva a la búsqueda a cualquier costo, especialmente quienes son madres.

Neris lo resume así: “Una madre trae ese dolor de entraña, esa herida que no va a cerrar hasta encontrarlos como estén. Inclusive hay mamás que se han separado de sus esposos porque no las apoyan en la búsqueda”.

Sin embargo, las mujeres no ven este papel como una limitación, sino como un acto de amor y como una oportunidad para desplegar un potencial que se les niega en otras áreas de la vida. Jocelyn Orgen, cabeza de

familia con dos niñas y un niño, considera que “la búsqueda es la máxima expresión de nuestra capacidad y de lo salvajes que podemos ser para encontrar a un familiar”.

En el mismo tenor, las mujeres también mencionan que decidieron realizar ellas la búsqueda para proteger a otros miembros de la familia, principalmente a los hijos e hijas restantes, o en el caso de las abuelas, a los nietos y nietas.

En contraste, a los hombres se les adjudica el papel de proveedores, justificado en que se necesitan recursos económicos para la familia ya que la mujer está en la búsqueda. El padre de Michelle Quevedo inició la búsqueda de su hijo junto con su esposa, pero pasado un tiempo los recursos económicos se agotaron y él tuvo que reconstruir el negocio que había perdido. Michelle y su mamá están de lleno en el colectivo. “Él sí se entera de la investigación y todo, pero no se mete tanto como nosotras pues porque alguien tiene que trabajar”, explica. “Yo estoy dedicada a esto. Si traigo también a mi esposo también todo el día, ¿quién va a trabajar? ¿Qué le voy a dar de comer a mis otros hijos?”, agrega Virginia Garay.

¿Puede ser también que los hombres sean menos sensibles? Aunque algunas de las mujeres creen que los hombres son “un poquito más duros”, María Herrera, madre de cuatro hijos desaparecidos, llama a no juzgarlos con dureza y profundiza más en la explicación que abarca, de nuevo, una característica basada en el género:

“El hecho de que sienten, sienten. Pero se desesperan más rápido de ver todo lo de las autoridades. Ellos andan con un coraje infinito. A mi esposo, a los seis meses que pasó lo de mis hijos, le dio un infarto y ahí quedó. Y han muerto más padres que madres; han muerto de impotencia, de coraje, con ese dolor que les inculcan desde niños que deben aguantarse. Yo no los juzgo porque sé que sufren”, concede.

Para Evangelina Contreras, michoacana que busca a su hija Tania, precisamente esto es una razón por la cual los hombres prefieren irse a trabajar que encargarse del caso: “A veces el hombre es un poquito más conformista, a veces se da por vencido y dice: a lo mejor están muertos, ya para qué los busco. Se cansan y dicen que tienen que trabajar”.

Para Mercedes Ruiz, cuyo hijo fue desaparecido en Michoacán, la división de mujeres buscando y hombres trabajando se debe a meros prejuicios. Sin embargo, sí existen hombres que buscan a sus seres queridos, en su mayoría a sus hijos o hijas. Las mujeres recuerdan con especial cariño

a don Nepo (Nepomuceno Moreno, rostro emblemático del movimiento, quien fue asesinado el noviembre de 2011). De acuerdo con lo que Mercedes ha observado, los varones que acompañan las búsquedas son más religiosos o “tienen alguna influencia que los hace verse de distinta manera” al estereotipo.

Una excepción en el grupo de entrevistas es el caso Tierra Blanca, en el que los padres tuvieron un rol protagonista. 



• • • • • • • • • • • • • • • • • • • •

**LA JUSTICIA QUE
MUERDE A LAS MUJERES**

LA JUSTICIA FRENTE A LAS MUJERES EN BÚSQUEDA



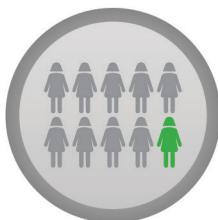
En ningún caso de los 9 se les brindó la información necesaria sobre su caso o sus derechos.



En todos los casos, la diferencia de atención la hizo el hecho de estar integradas en la organización.



En todos los casos, las diversas autoridades fingían avances.



Solamente dos de las mujeres reciben apoyo de la una comisión de atención a víctimas.

EL CAMINO DE LA DECEPCIÓN

LAS BUSCADORAS QUE HABLARON PARA ESTE REPORTAJE muestran un camino compartido: llegan confiando en las autoridades para la búsqueda de su familiar, sin algún profesional del derecho que las asesore y sin que les sean informados sus derechos. Pronto se dan cuenta de la simulación en el actuar de los funcionarios, del involucramiento con los responsables de la desaparición, de la burocracia y del poco interés por sus casos.

En 2018, el Relator Especial de la ONU sobre la situación de los defensores de los derechos humanos acerca de su misión a México advirtió que los familiares de las personas desaparecidas se enfrentan a menudo con obstáculos

en su búsqueda de la justicia y la verdad. También señaló que su búsqueda de la verdad y la justicia les expone a innumerables riesgos y amenazas, ya que a menudo descubren casos de connivencia entre los funcionarios y los grupos de delincuencia organizada y realizan protestas contra ello.

El primer golpe que viven las mujeres al iniciar la búsqueda es la criminalización contra la persona desaparecida por parte de las autoridades. “Lo primero que le dicen a uno cuando va a poner la denuncia es que a lo mejor en algo andaba su hijo. Ellos siempre buscan criminalizar a la persona para no buscar, para no hacer nada”, explica María Elena Medina, de Michoacán.

A Michelle Quevedo, de Veracruz, le secuestraron a un hermano; en los hechos, los perpetradores también privaron de la vida a su hermano menor y a su pareja. Al interponer la denuncia, un fiscal federal “decía que seguramente mi papá era del crimen organizado. Nos investigaron a ver si pertenecíamos a algún cartel”.

Antes que aceptar la denuncia, las autoridades también alegan que la persona desaparecida seguramente se fugó con una pareja, que se fue de fiesta o que salió de la ciudad a buscar trabajo, o mandan a las familias de regreso a su casta hasta que pasen 72 horas de la desaparición. Esto, a pesar de que la Ley General en Materia de Desaparición Forzada de Personas, Desaparición Cometida por Particulares y del Sistema Nacional de Búsqueda de Personas obliga a realizar búsqueda inmediata, y de que antes de su entrada en vigor no había tampoco ordenamiento alguno que mandara a esperar antes de levantar la denuncia.

Evangelina Ceja reconoce que siente dolor cada que las autoridades le dicen que su hija Tania se fue con alguna pareja sin siquiera tomar en cuenta que hubo testigos de la desaparición.

Como algunas mujeres ya han escuchado del famoso plazo, dejan que corran las 72 horas antes de acudir ante las autoridades. Virginia Garay lo hizo, pero –al igual que otras de las buscadoras– utilizó esos días para hacer sus primeras averiguaciones sobre la desaparición.

Una vez que logran que su denuncia sea aceptada, las autoridades tratan de cerrar los casos de distintas maneras o directamente fingen que buscan. Mercedes Ruiz sostiene que, en 10 años, no se ha realizado ninguna diligencia para buscar a su hijo y además, intentaron convencerla de que tramitara la presunción de muerte, lo cual moralmente le resulta inaceptable. María Herrera recuerda cómo un comandante incluso fingió

una llamada telefónica en la que ordenaba realizar una búsqueda con helicópteros. Columba Arroniz vio varias veces cómo los policías judiciales del Ministerio Público de Tierra Blanca salían corriendo para “hacer operativos” y luego se quedaban a la vuelta de la esquina “haciéndose tontos”.

En otros casos, los funcionarios tratan de confundir a las mujeres familiares, asegurándoles que están cayendo en contradicciones o que deben declarar que ciertas personas fueron los responsables porque ellos ya lo averiguaron pero no lo pueden probar. Evangelina cree que lo que los funcionarios buscan es que “lloremos, que estemos flaqueando y así decir que tenemos un problema sicológico, y te enredan ellos mismos”.

“Ellos son burocráticos, todo lo hacen a base de papeles, de documentos, mandan escritos, esperan hasta que les contesten, le van dando tiempo al tiempo, mientras la gravedad de la situación va aumentando”, lamenta María Herrera. Ante este panorama a nivel local, muchas de las mujeres buscan que sus casos sean atraídos al fuero federal, pero no siempre han logrado mejores resultados.

La falta de investigaciones sobre los perpetradores y la connivencia entre autoridades y el crimen organizado es otra de las realidades a las que las mujeres se enfrentan de primera mano. Entre los 13 probables responsables señalados por las mujeres, al menos 6 pertenecen a las fuerzas de seguridad (municipales, estatales y federales, incluyendo a los castrenses), 5 son presumiblemente civiles –aunque uno fue reconocido por la familia como policía investigador– y en dos casos no se tiene ninguna información.

“Cuando llegamos a hacer nuestra declaración, sólo había dos personas porque fue en la madrugada después de que mataran a mi familia. A uno de los que estaba ahí le reconocí la voz como la persona con la que estaba negociando el secuestro. Pensé que nos iban a terminar de matar a todos”, relata Michelle Quevedo Orozco. En Veracruz, donde sucedieron los hechos, se siguen repitiendo hoy en día los casos de desaparición forzada.

En la misma entidad, Columba Arroniz, madre de uno de los cinco jóvenes desaparecidos en Tierra Blanca, recuerda que se fueron enterando de que “todos” en el Ministerio Público estaban coludidos con criminales: “Lo que pasa es que cuando uno no tiene experiencia, a veces va creyendo en esa gente, y con el tiempo te vas dando cuenta de que te toman el pelo y son bien mentirosos. Me da horror pensar que quienes buscaban a mi hijo eran los mismos que estaban con el crimen organizado”.

La mayoría de las veces, las mujeres inician el camino legal a ciegas porque les niegan información sobre el proceso y copia de los expedientes o las carpetas, aun cuando es un derecho protegido tanto por el Código Nacional de Procedimientos Penales como por la Ley General de Víctimas. A María Elena Medina directamente la amenazaron: “Un día fuimos para que nos entregaran la copia de la denuncia de mi esposo. La directora anti-secuestro me dijo que me fuera ya, que si quería que me desaparecieran a otro de mis hijos”. A Evangelina Ceja le “desaparecieron” las denuncias que interpuso en la entonces procuraduría de Michoacán.

Como mucho, a las mujeres les ofrecen un papelito para anotar el número de expediente y les piden que hagan una llamada para ver los progresos. “No hay nada todavía, jefa. ¿Usted me tiene algo que haya sabido de su familiar?”, es una de las respuestas más habituales. “Nos hemos convertido en investigadoras. A ellos les toca esa parte pero no la hacen”, acusa María Elena Medina.

En este punto, Virginia Garay se desesperó. Se empezó a juntar con personas que sabían más y a un mes de la desaparición de su hijo, decidió conformar un colectivo de familiares, uno de los primeros en Nayarit. Así, las mujeres toman en sus manos las labores que deberían realizar los funcionarios, desde la asesoría victimal hasta la búsqueda física de las personas desaparecidas, pasando por la investigación del caso. “Te tienes que hacer todólogo, porque si nosotros no hacemos ese trabajo, ellos no lo hacen”, sentencia la sinaloense Rosa Neris. Es un sendero lleno de frustraciones y malas sorpresas.

“Lo único que va comprobando uno desde el inicio son las múltiples omisiones”, afirma Mercedes Ruiz.

“Por parte de las autoridades no hay información sobre cuáles son tus derechos, al contrario. Quienes nos dieron información o nos dijeron qué podemos hacer fueron las organizaciones o quienes ya pasaron por todo esto, algunos con contacto directo con las instituciones”, contrasta Jocelyn Calderón. Ahora, ella hace esa labor de orientación.

Por eso, Mercedes Ruiz valora que uno de los grandes logros de su colectivo es contar con copia de su expediente, “porque ya puede hacer uno el trabajo que le correspondería al Ministerio Público. Porque no es obligación de nosotros los familiares estar haciendo deducciones, para eso les pagamos”.

Pero, ¿logran hacer las deducciones? Por supuesto, afirman. Y cruzando información entre los diferentes casos, van haciendo el análisis de con-

texto que falta en las procuradurías. Encuentran en qué zonas el motivo es el secuestro de personas con recursos económicos, como jubilados de empresas paraestatales; cuándo lo son los conflictos con empresas mineras; cuándo se trata de una pelea por los territorios en las que las fuerzas de seguridad están aliadas con un bando; o cuándo es la trata de personas.

Las mujeres del grupo entrevistado han enfrentado este camino con poca formación académica y menor aún en el área legal. La mayoría solamente cursó la educación básica; tres realizaron estudios universitarios o de técnico superior pero en áreas distintas a la legal y, salvo en casos puntuales, no cuentan con un defensor/a privado. Algunas tienen la asesoría de abogados que orientan a los colectivos, pero que no están a cargo de los casos. Así, el enfrentarse al proceso legal no ha sido fácil.

“Empiezas a ver que muchas cosas de las que das la información, el gobierno pone otra. Ellos van escribiendo y tú no llevas licenciado, no tienes idea”, recuerda Evangelina Ceja de sus primeras visitas al Ministerio Público.

“Pues (me siento) impotente, porque me han dado leyes y eso pero son muy complicadas. Porque para los oficios, para los escritos de las peticiones, no tenemos un licenciado que nos esté asesorando. Sé que tenemos derecho a uno, pero siempre nos dicen que no hay”, lamenta Virginia Garay. Ella es una de las que cuenta con una carrera técnica.

Ellas difieren en si el hecho de ser mujeres ha provocado que reciban una atención más deficiente de las autoridades. La mayoría coinciden en que las autoridades tratan mal a cualquier persona, sin importar su género, pero Mercedes Ruiz advierte que cuando las acompañan hombres, por ejemplo estudiantes solidarios, las autoridades se dirigen a ellos aunque no sean las víctimas indirectas o quien va a revisar el expediente. “La discriminación hacia las mujeres está muy marcada aquí en México. Hay muchos hombres que en situaciones hasta cotidianas, prefieren tratar con hombres. Con las autoridades es lo mismo: te tratan diferente cuando vas acompañada de algún hombre, y por supuesto que es muy diferente cuando ya vamos como organización”, insiste.

En eso todas coinciden: la única manera de lograr la atención de las autoridades es llegar en colectivo o mencionar que se tiene un respaldo de ese tipo, sin importar –ahí sí– que la organización esté conformada exclusiva o mayoritariamente por mujeres. Luego, ellas van aprovechando los contactos y conocimientos que se generan para ayudar a las familias que recién se acercan.

María Herrera recuerda que hubo familias que no recibieron atención hasta que acudió ella con más compañeras. “Ay, doña Mari, páselle”, le decían las autoridades. “No, pues si las que necesitan atención son estas personas, y venimos con ellas”, contraatacaba. Doña Mari es un rostro conocidísimo a partir de que interpeló en cadena nacional al entonces presidente Felipe Calderón como parte de los diálogos con el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad.

A ella, insiste, le tocó estar en esa posición. Muchas mujeres se le acercaron luego del episodio con Calderón y ella pensaba: pero si yo no he resuelto lo mío, ¿cómo voy a resolver lo de ellas? Luego pensó: “pues mi caso es una puertita. Si logro pasar yo, por ahí pasamos todas”. Así, las mujeres llevan el caso propio y, a la vez, apoyan en los de las demás. Acompañan, volantean, recorren, recaudan y buscan para ellas y para todas.

Las mujeres han comprobado que la presión constante también ayuda a quienes buscan. Evangelina Contreras se dio cuenta de que cuando comenzó a ir con un magistrado, éste ordenó a sus subordinados: “Hay que darle prioridad al expediente de ella porque está viniendo, y dejen los demás que no vienen”. Por su parte, las familias de los desaparecidos en Tierra Blanca mantuvieron un plantón-campamento frente al Ministerio Público, aportaron las pruebas que lograron conseguir y colocaron el caso en medios de comunicación de primer impacto.

Dentro de este panorama espinoso, las mujeres han encontrado a algunos funcionarios que sí se esfuerzan por cumplir con los derechos a la verdad y la justicia. Específicamente recuerdan a una funcionaria. Al menos tres de las mujeres señalaron la historia de Lulú Palacios, una agente del Ministerio Público Federal que sí iba con ellas a la búsqueda en terreno porque “ninguna persona que se ha buscado detrás de los escritorios ha aparecido”, como sostiene María Herrera.

Lourdes Palacios falleció en octubre de 2018. Lo que nunca se supo públicamente, dice una de las mujeres, es que esta funcionaria “humanitaria, solidaria e incansable” era también familiar de una persona desaparecida.

LA BÚSQUEDA

Las familias –esa mayoría invisibilizada de mujeres– se han hecho conocidas en los espacios noticiosos y en la vida pública quizá en mayor medida por sus iniciativas de búsquedas de fosas clandestinas. Fueron mujeres

desesperadas por la inacción de las autoridades quienes comenzaron a arañar la tierra, en una práctica que se extendió progresivamente a todas partes del país.

No es de extrañarse que sea una actividad en la que los colectivos empeñen sus esfuerzos. De acuerdo con datos gubernamentales, tan sólo del 1 de diciembre de 2018 al 31 de diciembre de 2019 fueron encontradas 874 fosas con restos de mil 124 cuerpos. Si contamos las fosas clandestinas encontradas desde el año 2006, la cifra asciende a 3 mil 631.

Aunque con menor visibilidad mediática, las mujeres hacen búsqueda en hospitales, clínicas de rehabilitación, centros de privación de libertad, etcétera, pues están claras de que la búsqueda en vida es lo primero que debe hacerse y no se debe perder la esperanza nunca. Pero conscientes del nivel de violencia y crueldad que se vive y de la inacción gubernamental, no dejan de escarbar para no descartar ninguna posibilidad.

“Nos dicen desobediencia civil porque no nos detenemos, todos los días salimos a rastrear, a romper la tierra en puntos donde pensamos que puede haber algo”, explica Rosa Neris. Para estas mujeres, lo hallado son personas que tienen nombre y familia, que tienen rostro. “Son nuestros tesoros”, resume María Herrera. Así se refieren siempre a quienes hallan.

Entonces, quienes antes de la desaparición eran amas de casa, tianquistas, empleadas, empresarias o profesionales, pronto comienzan a capacitarse en materias relevantes para la búsqueda. A través del aporte de estudiantes, docentes, personas solidarias e incluso de instituciones educativas, ellas se forman en temas de antropología física y forense y en derecho.

Además, quienes integran las organizaciones –muchas de ellas, personas de campo– han aportado su propio conocimiento comunitario y empírico para innovar en técnicas de búsqueda que ahora se han generalizado, como las famosas varillas en T: las personas “leen” la tierra para detectar dónde está removida; luego clavan una varilla que en la parte superior tiene un agregado para poder ser golpeada con un mazo y, si el golpe libera olor a restos humanos o la punta de la varilla lo tiene, las buscadoras excavan.

De esta manera, la combinación de conocimientos les permite identificar cuando las y los peritos de las autoridades no están realizando procedimientos correctamente.

“La necesidad nos obligó a tener que llevar esas acciones, y están dando resultados. Si nosotros actuamos y sabemos cómo hacer las cosas,

vamos a saber qué exigir”, explica Jocelyn. Advierte que los dos primeros días después de la desaparición son fundamentales y lamenta que las autoridades no tengan iniciativa en este periodo, ni hagan geolocalización a menos que sea un caso de alguien con algún poder.

¿Y cómo inicia una búsqueda? Muchas veces, las organizaciones reciben información anónima que les señala los puntos en los que podrían hallar a sus *tesoros*; otras veces, ellas hacen mapeo y rastreo –reconocimientos previos de terreno en puntos probables a partir del análisis de contexto que realizan. De ahí tiene que organizarse la búsqueda.

La relación con las autoridades es obligada dado que es necesario preservar la cadena de custodia y que se realice una identificación oficial de los restos hallados. “Nosotros, ya saliendo el primer hueso, paramos hasta que ellos llegan”, explica Neris. Ésta ha sido una relación complicada.

Jocelyn Orgen explica que han encontrado dos formas para obligar a que los funcionarios participen en las búsquedas: “Una es que por iniciativa propia planteamos una búsqueda y hacemos unas llamadas para decir que lo vamos a realizar; eso los pone en alerta y se tienen que involucrar a fuerza porque si no, se exhiben políticamente. La otra es que, por ejemplo, dentro de la investigación de mi caso en particular tiene que haber una; le aviso de esa diligencia a mis compañeras y vamos a hacer búsqueda”.

Una vez con las autoridades en el terreno, el desarrollo de la jornada tampoco es fácil. “Hay choque porque ellos se sienten incómodos de que les digamos cómo hacer las cosas. Les decimos: eso no está bien hecho, así no. ¡Pues entonces qué hacemos!, dicen. Ah, ¿no? pues periodicazo”, ejemplifica Jocelyn. Ella recuerda que en una diligencia para buscar a su padre fueron a una mina de piedra “donde obviamente no iban a entrar las varilllas. Llegan ellos varillando sobre piedra, eso es una simulación”. La presión del colectivo logró que se organizara una nueva búsqueda, esta vez adecuada al terreno.

Por su parte, los colectivos de Nayarit –donde las organizaciones de familiares son relativamente recientes– le avisan a las autoridades, quienes envían una patrulla a la jornada de búsqueda. “Pero es más estrés porque quieren medio día y ya. Que porque no hay nada, que tienen mucho qué hacer, que no traen gasolina. Entonces no da resultado ir con ellos y la mayoría de las veces vamos solas, y es a valor”, detalla Virginia Garay.

Luego viene un tema aún más delicado. Evangelina, de Michoacán, y Rosa Neris, de Sinaloa, coinciden en que, en algunos casos, las autoridades

vuelven a desaparecer los restos, ya sea simplemente negando que existió el hallazgo o deshaciéndose de ellos.

“Están los desaparecidos, tú los entregas (los restos) a la procuraduría, ellos los llevan al basurero y los queman y así te los van a desaparecer para siempre”, acusa Evangelina Contreras. Apenas en noviembre de 2019 trascendió que en el Servicio Médico Forense (Semefo) de Coatzacoalcos, Veracruz, familias encontraron restos óseos quemados junto con la basura.

Rosa Neris confirma que esto ha ocurrido en algunas entidades: “Hemos descubierto que les damos puntos, ellos van y encuentran (restos) y nos los vuelven a desaparecer. Por eso exigimos que la búsqueda sea de las familias”, insiste.

Esta exigencia está ya respaldada legalmente. Por el incansable impulso de las familias se emitió la actual Ley General en Materia de Desaparición Forzada de Personas, Desaparición Cometida por Particulares y del Sistema Nacional de Búsqueda de Personas, que incluye el principio de participación conjunta. Esto garantiza la participación directa de las familias en las tareas de búsqueda, incluido el diseño, implementación y evaluación de las acciones en casos particulares y en políticas públicas y prácticas institucionales.

Una vez extraídos los *tesoros*, comienza una tarea fuera de las manos de las familias: la identificación. Éste es uno de los puntos álgidos de las búsquedas, e incluso ha hecho dudar a colectivos de la pertinencia de seguir con su labor debido a la falta de infraestructura oficial para realizarla.

Virginia Garay dice que en Nayarit “tenemos bastantes cuerpos de los que se han encontrado en fiscalía y pues todo mundo está desesperado por qué pasó con las pruebas de ADN”.

“Más tristeza da cuando sacamos infinidad de *tesoros* y no les podemos dar identidad. Estamos luchando contra viento y marea, buscando de qué manera se puede llevar a cabo el banco de genética que nos urge”, lamenta María Herrera.

Los hallazgos no son un tema sencillo de sobrellevar. El hecho de que una fosa pueda ser el destino de su hija, su esposo o su padre o de pensar qué les hicieron antes de llegar ahí es doloroso para quienes buscan.

En el terreno y en diversos colectivos, las mujeres afrontan los hallazgos con una especie de ceremonia: se abrazan o entrelazan sus manos y agradecen poder devolver a un *tesoro* con su familia en vez de que se

quede en el monte. Muchas lloran y otras se retiran un momento. Luego retoman los trabajos.

Los colectivos de familiares comparten un principio: tratar a todos los *tesoros* como propios. Evangelina, por ejemplo, no puede entrar por seguridad a la zona donde cree que podría hallar a su hija. A pesar de eso, participa en rastreos en otras zonas, esperando que llegue el momento adecuado para su caso. Doña Mari sabe que puede ser que alguna otra buscadora encuentre a sus hijos. Por eso, todas las búsquedas son de todas.

“Cuando encontramos un cuerpo tenemos sentimientos que chocan: alegría de que sí encontramos a una persona con base en nuestras estrategias empíricas; luego dolor. En el tema de la identificación baja nuestra alegría porque no hay una estructura para hacerla y tener la certeza; coraje también, porque no hay ni cómo tengan un orden en el tema de los cuerpos que se van encontrando”, confiesa Jocelyn.

En octubre de 2019, el subsecretario de Derechos Humanos, Población y Migración declaró que existían 38 mil cuerpos sin identificar. El desorden en materia forense ha sido objeto de diversas recomendaciones internacionales. En noviembre de 2018, el Comité contra la Desaparición Forzada de Naciones Unidas expresó su profunda preocupación por la insuficiencia de los servicios forenses para responder a las necesidades de búsqueda, investigación, exhumación e identificación y recomendó, entre otras cosas, la creación de un mecanismo internacional de asistencia técnica forense en conjunto con las víctimas, las organizaciones especializadas y otras entidades relevantes.

En abril de 2019 en el marco de su visita a México, la Alta Comisionada de Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Michelle Bachelet, recomendó explorar vías para atender las necesidades en materia de identificación, incluida la instauración de un mecanismo extraordinario de identificación forense²: “En el lamentable caso de que sus seres queridos hayan fallecido, sus restos deben ser identificados adecuadamente y entregados dignamente a las familias, utilizando para ello todos los recursos existentes y explorando vías como la instauración de un mecanismo extraordinario de identificación”, declaró.

^{2.} ONU-DH. “Declaración de la Alta Comisionada de Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Michelle Bachelet, con motivo de su visita a México”, abril de 2019. <http://bit.ly/37he278>

Este mecanismo consistiría en la conformación de equipos periciales, con asistencia internacional, abocados exclusivamente a revertir el rezago en la identificación forense a nivel tanto estatal como federal. Apenas el pasado 6 de diciembre de 2019 se anunció el establecimiento de dicho Mecanismo. A mediados de marzo de 2020 se dio la noticia de su conformación, lo que puede abrir la puerta para que miles de familias recuperen la paz.

Si bien las mujeres y sus colectivos han logrado diversos avances en la conformación de instituciones, quedan aún muchos retos por afrontar: “¿De qué sirven los nombramientos de funcionarios especializados si no les dan nada de presupuesto?”, reclama Virginia Garay.

El Relator Especial de la ONU sobre la situación de los defensores de los derechos humanos, en su informe de 2018 sobre su misión a México, consideró que las actividades de búsqueda realizadas por familiares deberían ser reconocidas como un elemento más de la labor general de defensa de los derechos humanos. “Las brigadas nacionales de búsqueda de personas desaparecidas y el movimiento más amplio de familias de los desaparecidos han ayudado a evitar muchas desapariciones”, señaló en su párrafo 71.³

^{3.} ONU-DH. *Informe del Relator Especial de la ONU sobre la situación de los defensores de los derechos humanos acerca de su misión a México*, marzo de 2018. <http://bit.ly/2w7GGL1>



4



"VAS PERDIENDO TODO"

IMPACTOS DE LA BÚSQUEDA DE PERSONAS DESAPARECIDAS EN LAS MUJERES



Físicos

- Colitis
- Trastornos de la presión arterial
- Dolor de cabeza
- Dolores intensos de espalda
- Envejecimiento prematuro
- Agravamiento de padecimientos previos



Psicológicos

- 8 de 9 dejaron de comer
- Todas dejaron de divertirse
- Todas han dejado de celebrar fechas especiales
- Todas padecen insomnio
- Todas padecen miedo constante
- Dos asumieron conductas de riesgo



Económicos

- 7 de las 9 entrevistadas perdieron o abandonaron su negocio o un trabajo formal
- Sólo 3 siguen percibiendo sus ingresos normales
- Sólo 1 mantiene el trabajo que tenía antes de la desaparición
- 5 de las 9 desarrollan ahora un trabajo que es precario
- 1 de las entrevistadas se sostiene exclusivamente con los apoyos de su familia
- Todas trabajan lo mínimo posible para tener tiempo para la búsqueda.
- En 2 casos, los hombres de la familia sostienen por completo a la familia
- En todos los casos, el nivel de vida familiar cayó
- Una mujer debió dormir en espacios públicos



Proyecto de vida

- Para 7 de las mujeres, la búsqueda ocupa el lugar de sus proyectos de vida por completo
- 2 de las mujeres tienen un nuevo proyecto de vida relacionado con la búsqueda
- Solamente 1 mujer consideraría dejar la organización tras encontrar a su familiar
- En 2 casos, los hijos/as han visto afectado directamente su proyecto individual de vida
- Ninguna de las mujeres que busca a su pareja piensa formar una nueva familia
- 4 de 9 están desplazadas debido a las amenazas tras la desaparición

IMPACTOS DE LA BÚSQUEDA DE PERSONAS DESAPARECIDAS EN LAS MUJERES



Trabajo en el hogar

- 8 mujeres eran las encargadas del trabajo del hogar y de cuidados
- Todas siguen realizando trabajo del hogar y de cuidados
- Todas refieren que hacen lo mínimo indispensable en hogar y cuidados
- En tres casos tienen apoyo de otras mujeres
- En un caso se menciona que el trabajo doméstico es equitativo



Lazos sociales

- Para 8 de 9, las compañeras de organización son el principal lazo social
 - 9 de 9 reciben comentarios familiares de que abandonen la búsqueda
 - 8 de 9 reportan aislamiento social o familiar involuntario
-

SIN DUELO

LA DESAPARICIÓN, DICEN LAS MUJERES, ES UN LIMBO en el que no saben si su persona querida –la hija de sus entrañas, el esposo y padre de sus hijos, el hermanito apenas adolescente– ha muerto o está vivo y pasando cosas que preferirían no imaginar. El pensamiento está presente todo el tiempo: mientras comen, se preguntan si pasa hambre; cuando intentan conciliar el sueño, las atormenta la idea de si podrá dormir o tendrá frío; cuando están a punto de reír, se imaginan que esa persona las está viendo y sienten culpa o vergüenza.

“Yo que conozco esas dos partes, de perder a un hermano y saber que ya está muerto, y de tener a otro desaparecido, veo mucha diferencia. Con mi hermanito podía pensar que al menos ya no estaba sufriendo, pero con mi hermano Gerson no sabía todo lo que estaba pasando y eso me partía el alma”, ilustra Michelle Quevedo.

Esta situación no disminuye con el paso del tiempo, insisten, aunque aprendan a controlar sus manifestaciones externas de angustia o se obliguen a comer para permanecer vivas. María Herrera lo ilustra: "Yo antes no comía, nada más lloraba, y hasta me dio coraje con mi esposo una vez que compró un pollo. Ahora me ves comiendo y llorando, y les digo: perdón, hijos, pero tengo que comer para seguirlos buscando".

Particularmente, la repetición de las celebraciones les remarca la ausencia que se prolonga. Es común en todas ellas: otro cumpleaños, las navidades que no se celebran pero sí duelen, los Día de la Madre para la que no sabe dónde está su hijo. Todos dejamos de festejar muchas fechas", resume Michelle Quevedo.

Muy a menudo, la familia y quienes opinan desde fuera de la situación le piden a las mujeres que den por fallecidos a sus familiares y continúen con su vida. Columba Arroniz, quien tuvo a su hijo y a su sobrino oficialmente desaparecidos por un mes –luego se les informó que un trozo de hueso y unas gotas de sangre pertenecientes a Bernardo y Alfredo fueron hallados en un racho de delincuentes– explica que "es muy difícil que la mente acepte que alguien está muerto si tú no lo viste". Ella no ha encontrado descanso porque no ha logrado asentar en su corazón que esos minúsculos indicios sean el robusto hijo mayor que cada mañana, en broma, le pedía 50 pesos para comprar su desayuno. "Mi marido me dice que me gusta atormentarme, pero no es eso. Repaso y repaso los papeles y sigo con mil dudas", explica.

"Ahora imagínese a las mamás que no tienen ni eso", lanza.

El paso de los días incrementa las angustias de las mujeres. Saben que representa menos probabilidades de vida para su ser querido, pero también para ellas es un tiempo que se agota. "Lo más difícil es que, en la hora de la agonía, se vaya uno con la incertidumbre de no saber", dice doña Mari Herrera. Ella lo dice a propósito de una madre de Ayotzinapa, Minerva Bello, quien falleció sin saber de su muchacho. Pero también la remite a su propia situación: un pulmón enfermo que ya no tiene remedio y que, a veces, la aparta de las actividades de su organización más tiempo del que le gustaría.

EL OLVIDO DE TÍ MISMA

La angustia continua, el insomnio, dejar de comer, las largas jornadas de espera en las dependencias o bajo el sol en la búsqueda, la falta de tiempo para ellas mismas y los escasos recursos económicos para atenderse han

repercutido en la salud de las mujeres que buscan. "Algunas muy devastadas y ya no quieren saber nada, otras acabadas. En todos los casos, las mujeres estamos dañadas física y moralmente", reconoce Virginia Garay.

Jocelyn Orgen dice que, tras cuatro años de abandono y frustración, no se reconocía al espejo. Es que, confiesa, muchas dejan incluso de ocuparse de su cuidado personal. "Tu quieres respirar y de repente ya desapareció otra persona en tal lugar, y qué vamos a hacer, vamos a canalizarla a ver qué colectivo está en ese estado. Todo ese tipo de información, fotografías, todo lo vamos absorbiendo y ¿en qué momento lo sacas? ¿En qué momento entiendes que lo que sucede no está en tus manos ni en tu control?", cuestiona.

Al preguntarles los padecimientos que han notado a partir de la desaparición, ellas mencionan con recurrencia colitis, trastornos de la presión arterial, dolores intensos de cabeza y espalda y envejecimiento prematuro, sumados al empeoramiento de condiciones previas. "Yo estaba preocupándome porque hace años me quiso dar una embolia, pero no hay manera de comprar el medicamento y entonces sí se ha agravado mucho", lamenta Virginia Garay.

Cuidar la alimentación no es fácil porque, muchas veces, las mujeres tienen que comer lo que les brindan solidariamente o lo que hay en la calle a las horas que se los permiten las jornadas de búsqueda y movilización.

El bienestar emocional también se ve disminuido. Todas ellas han dejado de divertirse y de celebrar fechas especiales, tienen miedo o terror y algunas llegaron a asumir conductas de riesgo, como participar en carreras de autos o probar drogas.

"Al principio, con el simple hecho de reírte te sentías culpable", recuerda Michelle Quevedo. Doña María Herrera confiesa que solamente entre las mismas mujeres que buscan pueden abrazarse, reírse, bromear o hasta cantar. "Eso sí, siempre con el tema de nuestros desaparecidos", aclara.

Jocelyn señala que se trata de etapas que van atravesando quienes tienen un familiar desaparecido, y que es mejor que lo sepan antes para que entiendan que son reacciones normales ante situaciones tan violentas: al principio estarán odiando a todo el mundo y negándose a la escucha, y paulatinamente irán conduciendo la situación.

"Cuando yo entendí todo el negocio que representamos los seres humanos, entendí que era muy difícil saber dónde está mi papá, pero no imposible. Cuando entendí eso, pude aceptar la realidad y funcionar", comoparte. "Lo más difícil es poder tocar tu dolor y hacerlo a un lado", agrega.

En algunas ocasiones, a estas mujeres –colocadas en una situación terrible en la que nunca pidieron estar– les dicen que son vividoras, que les gusta estar así o que viven de la situación. Aunque duele, reconocen, han aprendido a ignorar esos comentarios.

Por otra parte, no todas las mujeres han tenido algún tipo de atención psicológica. Sabuesos Guerreras de Sinaloa cuenta con una psicóloga propia de cabecera y atención de un equipo de PGR, y en otros casos existe apoyo de profesionales solidarias. Sin embargo, la generalidad es la falta de acceso debida a la falta de recursos económicos o a que las instituciones del Estado que deberían proporcionar los servicios no cuentan con suficiente personal.

Hay circunstancias, relatan algunas de las mujeres, en las que algún profesional de la psicología se acerca para colaborar, o alguna institución educativa lo envía, pero las familias se muestran renuentes porque sienten que no hay una comprensión de lo que significa la desaparición forzada.

“Los académicos tienen una forma de pensar, quieren aplicar todo conforme a las teorías que aprenden en la escuela, y está bien. Pero resulta que las desapariciones no las aprendieron en la escuela”, abunda Jocelyn Orgen Calderón.

Las alternativas que ellas han creado son actividades grupales (como bordar), recurrir a estudiantes de psicología con apertura para aprender y el impulso a la formación de familiares como profesionales de la salud. El caso más aterrizado es Uniendo Cristales, asociación de familiares y solidarios que se dedica al apoyo y contención psicológica para familias en búsqueda desde el planteamiento de ser “acompañantes pares”. Psicólogos Sin Fronteras también está comenzando un trabajo con Enlaces Nacionales.

Todas ellas recomendarían a las mujeres que están comenzando el camino de búsqueda que desde el inicio se cuiden, aunque les cueste trabajo, ya que después es más difícil revertir las enfermedades adquiridas. De todas ellas, solamente una (psicóloga) mantuvo su dinámica anterior de alimentación y deporte, en la medida en que la reducción de recursos económicos se lo permitió.

“NOMÁS LES GUSTA EL ARGÜENDE”

“Cuando te pasa esto lo primero que pierdes es la estabilidad emocional, después viene lo económico y poco a poco te vas dando cuenta de que vas perdiendo todo, hasta las amistades”. Así resume María Herrera todas las

afectaciones que se acumulan en las vidas de las mujeres que deciden buscar al pedacito que les falta.

Ellas comprenden que las personas se alejen de una familia que tiene a una persona desaparecida tanto por un riesgo real –muchas veces, ellas son amenazadas porque en sus investigaciones llegan a descubrir tramas y patrones de la delincuencia organizada– o por la criminalización que cae casi automáticamente sobre la persona víctima de la desaparición.

“Nuestra propia familia decía que a lo mejor mis hermanos andaban metidos en algo. Mucha familia se alejó”, recuerda Michelle Quevedo.

También son generalizadas las peticiones familiares de “dejarlo ahí”, “dejarlo descansar en paz” o “no arriesgar a los hijos que te quedan”.

A esto se suma el hecho de que las mujeres dedican casi la totalidad de su tiempo a las labores de los colectivos y se sensibilizan mucho más ante los actos de revictimización o a la justificación de lo sucedido. Así, se van perdiendo las redes sociales y el colectivo se convierte en el lugar de apoyo, empatía y desahogo.

“El hecho de que criminalicen a los desaparecidos es algo que nosotras no podemos permitir, y el hecho de que haga uno la defensa la gente lo toma muy mal, incluso amigos y familiares”, explica Mercedes Ruiz. A ella le tocó escuchar cómo un antiguo amigo le decía a otros que ya no la invitaran a salir porque “nada más habla de eso (la búsqueda)”. También, que en su propia familia dijera que ni siquiera hacía nada concreto, que nada más le gustaba “estar en el argüende”.

A Virginia Garay incluso sus vecinos de hace mucho tiempo comenzaron a evitarla. “Pasas y cuando mucho te saludan y ya, se voltean a otro lado. A veces sientes que saben algo y se voltean para que no les preguntes”, aventura. Ella conservó a una amiga. Aunque ya no puede salir con ella porque no tiene dinero para comprar el helado que se tomaban cada semana en la plaza de Tepic ni tiempo para hacerlo, la amiga la llama para saber cómo está y en qué va el caso.

Por eso, para las familias resultan significativos los actos de reconocimiento de responsabilidad y disculpa pública: porque señalan que su querido desaparecido es inocente de lo que le pasó frente a la estigmatización que las golpea doblemente.

Hay un dato llamativo: en las entrevistadas, una constante es que la familia más cercana que permanece a su lado y las apoya –ya sea con la propia búsqueda o con las tareas del hogar y de cuidados– es la materna.

PROYECTOS TRUNCADOS

Las mujeres que hoy son buscadoras tenían una variedad de ocupaciones y sueños: una empresa familiar aguacatera y una vida tranquila en el campo; una pequeña empresa de transporte y el anhelo de un embarazo; un proyecto de spa en una ciudad menos violenta y con más oportunidades para los jóvenes; una especialidad y una promoción de puesto en la Comisión Federal de Electricidad (CFE); una segunda maestría y un despacho de asesoría política; disfrutar de su jubilación y de sus hijos; seguir siendo maestra de jardín de niños y aportar para los gustos de los hijos; hacer crecer su tienda de artículos de pesca; continuar con la venta de oro y ropa y apoyar en la crianza de sus nietos.

Ocho de estas nueve mujeres perdieron esos proyectos. Algunas renunciaron para poder dedicarse a la búsqueda; otras, porque fueron desplazadas; otras, simplemente no han tenido la fuerza para volver a trabajar.

Jocelyn tenía planes de crecimiento personal porque, dice, siempre le ha gustado superarse y romper los límites impuestos a las mujeres. Ella trabajaba en CFE y ahora es trabajadora informal ocasional: “Tu proyecto de vida se ve roto. Si estando en el trabajo mi proyecto era ir a una capacitación y subir de puesto, ya dejé eso truncado por hacer la búsqueda. Lo económico pasa a segundo término; con que cubras tus necesidades básicas es más que suficiente”.

Columba no ha vuelto al jardín de niños desde la desaparición forzada de su hijo. “Todo lo que más amaba en la vida me lo quitaron. Ya ni me acuerdo que fui maestra; no me he atrevido a regresar, ahí dejé mis cosas. Es que siento que no podría estar bien con los niños, porque son una esponjita que absorbe todo y no es justo con ellos”, lamenta.

Ahora, seis de estas mujeres se dedican completamente a la búsqueda como nuevo proyecto de vida. Dos están estudiando carreras específicamente para ser más útiles en sus organizaciones –una, criminalística; la otra, psicología.

Dada la incertidumbre que representa la desaparición, les resulta difícil delinear planes a largo plazo. Viven al momento en todos los aspectos. “No he logrado hacer un trazo. Yo tenía muy marcado mi proyecto de vida antes de que se cortara y ahorita simplemente vivo día con día, no sé qué voy a hacer dentro de dos años. Es una pregunta que todavía no puedo contestar”, se sincera Michelle Quevedo.

TODO PARA LA BÚSQUEDA

Además de absorber el tiempo, el corazón y las fuerzas de las mujeres, la búsqueda de su persona desaparecida les demanda poner la mayoría de los recursos económicos familiares al servicio de esta labor.

La mayoría de las personas desaparecidas eran hombres que sosténían la economía familiar o aportaban una parte importante, por lo cual, la mera desaparición reduce los recursos económicos disponibles. El hecho de que, además, la mayoría de las mujeres pierde sus trabajos formales o habituales y los cambia por otros que requieran menor tiempo, hace que la situación se vuelva extremadamente precaria.

Virginia Garay confiesa que está muy endeudada. En su colectivo consiguieron un auto pequeño para las búsquedas, pero deben pagar su reparación porque se descompuso al andar por terrenos difíciles. Rosa Neris y su colectivo organizan venta de artículos varios para financiar las búsquedas; a veces, acepta, no tiene ni para su pasaje. Una hija de María Herrera dio lo que ella y su esposo habían ahorrado para construir su casa; ese dinero se esfumó rápidamente en gastos de detectives privados y policías que pedían dinero por trabajar. Ahora, doña Mari vende algunas verduras que cocina y su yerno se fue a Estados Unidos. También Evangelina Ceja vende comida ocasionalmente.

“Toda la economía que teníamos dispuesta para vivir normal, ahora la disponemos para la búsqueda; por lo tanto, la familia se queda desprotegida. Yo renuncié a la CFE para poder trabajar y buscar a mi papá; ahora vendo salsas cuando voy a las reuniones y dedico un día a la semana a cobrar muebles que vendo en pagos”, ejemplifica Jocelyn Orgen.

Para las personas desplazadas, la situación se vuelve francamente desesperada. De las nueve mujeres entrevistadas, cuatro están en desplazamiento forzado como resultado de amenazas de los perpetradores de la desaparición de su familiar. Sus propiedades y hogares quedan abandonados y llegan a ser ocupados por delincuentes o personas abusivas.

María Elena Medina, quien manejaba una empresa aguacatera familiar en Michoacán hasta que desaparecieron a su esposo y dos de sus hijos, tuvo que huir. Primero, a Morelia; luego, a la Ciudad de México.

“Cuando nos venimos aquí a México yo fui ama de casa, mi hija trabajaba en una pastelería, mi hijo Moisés, ayudante de albañil”, recuerda. Han pasado por carencias, pues en la capital del país “nada más se trabaja para pagar renta y para medio comer, porque todo es muy caro”.

De las nueve mujeres entrevistadas, 7 perdieron su negocio o un trabajo formal, una más es jubilada, otra tiene un permiso tramitado por su sindicato y otra mantuvo su trabajo principal pero redujo sus actividades al mínimo. Dos de ellas reportan tener deudas muy considerables y varias consumieron los ahorros que tenían ellas o la familia. Ahora, al menos cinco de ellas desarrollan trabajos precarios y ocasionales, como la venta de comida, y dos dependen de los ingresos de otros miembros de la familia.

El perder un trabajo formal, hay que recordar, acarrea además la pérdida de servicios de salud, además de otras prestaciones.

Doña María Herrera, que tenía un negocio familiar de venta de oro y de artículos de temporada –señala que vivía cómodamente en una casa muy grande con su familia– tuvo que dormir casi a la intemperie en varias ocasiones. “Mis hijos no sabían hasta ahora que lo he tenido que decir en público”, confiesa. Viajaba de noche, llegaba de madrugada a la central de autobuses y ahí dormía hasta que era hora de apertura en las oficinas gubernamentales. Si no la atendían, volvía a la central de autobuses a dormir para acudir de nuevo a las oficinas al día siguiente.

“Y al otro día lo mismo. Es un sufrimiento, sobre todo cuando hace frío o mucho calor, pero careces de todo”, recuerda. También señala que la situación mejoró al integrarse al Movimiento por la Paz, cuando fue recibida por varias compañeras en sus casas.

La situación es de tal calado que, en sus Observaciones Finales derivadas de la revisión a México, de 2015, el Comité contra las Desapariciones Forzadas de la ONU advirtió que “las mujeres que son miembros de la familia de una persona desaparecida son particularmente vulnerables a sufrir serios efectos sociales y económicos adversos, así como a padecer violencia, persecución y represalias como resultado de sus esfuerzos para localizar a sus seres queridos”, por lo que recomendó que el Estado parte integre perspectivas de género y enfoques adaptados a la sensibilidad de los niños y niñas en la implementación de los derechos y el cumplimiento de las obligaciones derivados de la Convención.

SEGUIR SOSTENIENDO

El llevar la labor de búsqueda a sus espaldas y seguir aportando a la economía familiar no ha hecho que la labor de cuidados de las mujeres se distribuya de una manera muy distinta en el hogar o que dejen de hacerla.

El Comité para la Eliminación de la Discriminación contra la Mujer, en sus Observaciones finales sobre el noveno informe periódico de México de julio de 2018, señaló su profunda preocupación por la alta incidencia de desapariciones forzadas que afectan a las mujeres, ya sean víctimas directas o indirectas, “en cuyo caso las mujeres suelen cargar con la responsabilidad no solo de buscar a la persona desaparecida e iniciar las investigaciones sino también de servir de sostén principal de la familia”.

“Si vamos a ir a la procuraduría, nos programamos. Nos levantamos, nos hacemos un licuado o agarramos lo que haya y nos vamos. Si regresamos a las dos, a esa hora preparamos de comer y el tiempo que queda es para limpiar la casa y lavar ropa”, detalla María Elena Medina.

Si antes de la desaparición de su familiar, 9 de las 10 mujeres eran las principales encargadas del trabajo del hogar, ahora lo siguen siendo pero – al igual que con el trabajo remunerado – tratan de hacer solamente lo que consideran indispensable.

“Pues la casa ya está inhabitable porque no está cuidada como se debe. Lo único que siempre se hace es la comida. Ya todo mundo a la hora que llegue come, porque la comida nada más está hecha, ya no doy de comer así”, señala Virginia Garay. ¿Su esposo no colabora en eso? “No, porque él trabaja doble turno”, explica.

Solamente en uno de los casos, el trabajo del hogar se distribuye equitativamente porque, desde antes de la desaparición, ya era de esa forma la dinámica familiar.

Para el cuidado de niños, niñas y otras personas dependientes, algunas mujeres han encontrado apoyo en su familia. La madre de Jocelyn Orgen le ayuda a cuidar a su hija y su hijo pequeños la mitad de la semana, por ejemplo. Michelle Quevedo se lleva su bebé de meses de nacida a las reuniones, incluso en la entonces Procuraduría General de la República (PGR). Otros niños se quedan en los lugares de origen a cargo de las madres mientras las abuelas buscan. Así, los colectivos hacen las veces de redes de apoyo mientras las madres realizan trámites en oficinas donde las y los pequeños no pueden estar.

Ellas siguen viéndose como el pilar de la familia y actuando en consecuencia. Todas proyectan –a pesar de sus propios dolores y cansancios– fuerza y esperanza hacia quienes consideran más vulnerables con tal de evitarles sufrimiento; se hacen cargo de los impactos en otros integrantes de la familia y tratan de asegurar que puedan seguir sus caminos aunque los de ellas estén suspendidos. 

5



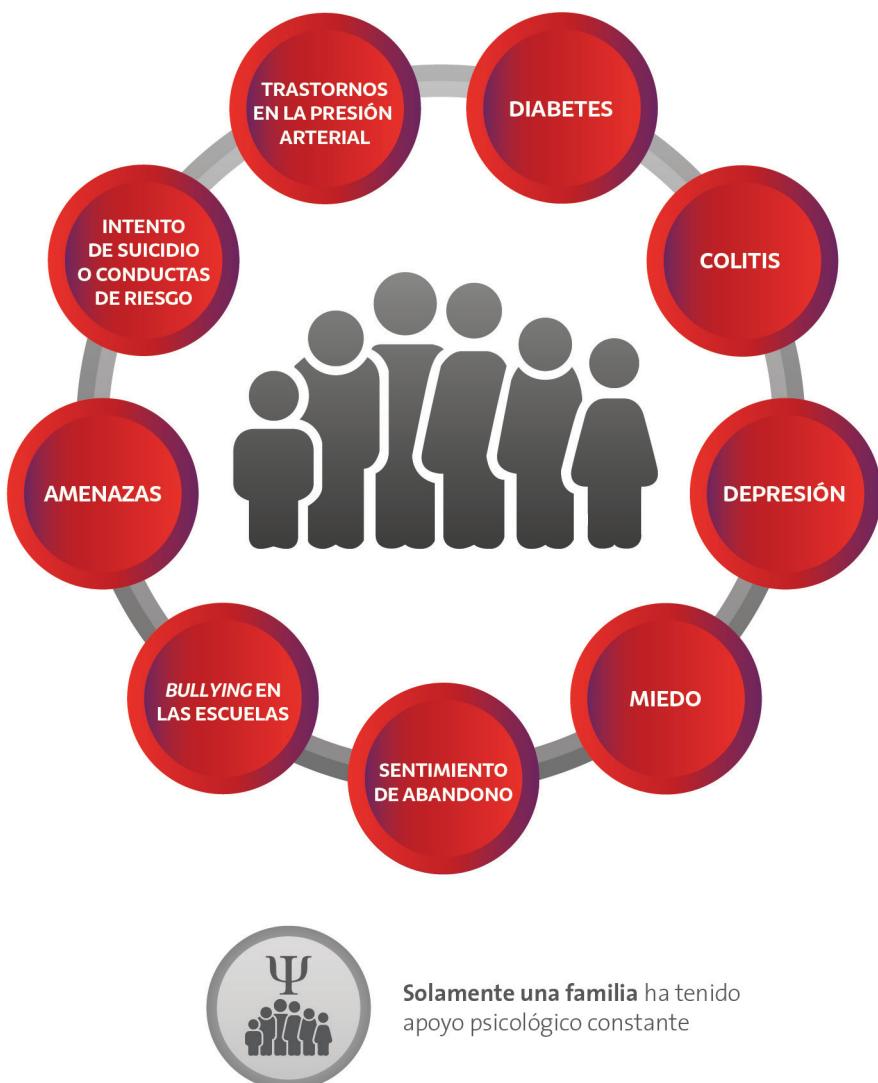
.....

**DOBLEMENTE
ABANDONADOS**

IMPACTOS DE LA BÚSQUEDA DE PERSONAS DESAPARECIDAS EN LAS FAMILIAS

En todas las familias se registraron impactos.

Los más frecuentes son:



UNA DE LAS MAYORES PREOCUPACIONES DE LAS MUJERES EN BÚSQUEDA es el impacto que toda la situación –la precariedad económica, las ausencias constantes, las amenazas, el desplazamiento, la propia desaparición– tienen en los niños y niñas de la familia. Si bien las y los adultos reportan trastornos en la presión arterial, diabetes, colitis y depresión, en niños, niñas y adolescentes los impactos que las mujeres identifican se extienden a miedo, sentimiento de abandono, *bullying* e intentos de suicidio o conductas de riesgo y abandono escolar.

Las mujeres explican que las y los que aún no son adultos sufren un doble abandono: el de la persona que fue desaparecida y de quien la está buscando. “Nosotros andamos en la búsqueda, aquí desahogamos nuestras penas o lo que traemos, y los niños en casa se quedan frustrados, sin amor y con ausencia”, explica Jocelyn. “Esos niños están ahí olvidados por la sociedad, por el gobierno y puedo decir que por nosotros”, lamenta María Herrera Magdaleno.

Muchas mujeres dicen que las y los hijos no verbalizan su tristeza, pero ellas lo notan. El otro hijo de Virginia Garay, por ejemplo, “a veces no me volteo a ver, siento que él cree que ya no estoy para él”, dice la buscadora. Otra razón es que no quieren agregar preocupaciones a sus mamás.

Las amenazas abonan al miedo que la propia desaparición y el entorno de violencia e impunidad provocan en la familia. Al menos 4 de las 9 mujeres han recibido hostigamiento o incluso atentados contra su vida o la de sus familiares y eso se refleja también en las personas dependientes de ellas.

“Carlos, mi hijo menor, toma 3 medicamentos para poder dormir. Eso me mortifica mucho porque ya es la única luz de mi vida. Luego dice que volteo para ver si nadie lo va siguiendo porque le da miedo”, describe Columba Arroniz.

La propia búsqueda es fuente de angustia. “Juan me dejó de estudiar. Yo le decía: hijo, estudia. No, mamá, no puedo. Siempre estoy pensando que en cualquier rato estás muerta, te desaparecen, y de plano no puedo estudiar”, recuerda Evangelina Contreras.

“Si bien la búsqueda es nuestro principal objetivo, ¿cómo podemos vivir de manera tal que no se afecte tanto nuestro núcleo familiar?”, se cuestiona Jocelyn Orgen Calderón.

Todas las mujeres se esfuerzan por no contagiar a los hijos e hijas el miedo y la incertidumbre, pero “es muy difícil poder transmitirles el gusto

por la vida. Uno debe proporcionarles a los otros hijos la seguridad de que la vida es para que se viva feliz”, contrasta Mercedes Ruiz.

Así, las mujeres impulsan a las y los jóvenes a salir a divertirse, aunque ellas se queden “con el Jesús en la boca”, y les animan a que terminen sus estudios.

Las mujeres, por supuesto, no quieren heredarle este presente como futuro a las niñas y niños. Ellas comparten que las y los hijos de desaparecidos también participan en las búsquedas. En Sinaloa pidieron hacer una búsqueda especial en el Día del Padre; en Michoacán, también piden sus playeras y pines. “Me da mucha tristeza porque él tiene 10 años y me dice: sigue buscando a mi papá porque si no lo encuentras, yo voy a seguir buscando y quiero hacer lo que tú andas haciendo. Y yo le digo: No m’ijo, esperemos que en un tiempo lo encontraremos”, dice de su nieto María Elena Medina.

Como con las mujeres en lo individual, solamente una familia ha tenido apoyo psicológico constante. 



• • • • • • • • • • • • • • • • • • • •

**"NO QUIERO ESTE MÉXICO
PARA MIS NIETOS"**

CONSTRUCCIÓN DE RESILIENCIA

¿Cómo afrontan las mujeres la desaparición de un ser querido?



Conforman organizaciones



Realizan investigación de casos propios y del colectivo



Asesoran a las personas con nuevos casos



Hacen búsquedas en vida



Acompañan a otras familias



Realizan rastreo de fosas



Realizan movilizaciones públicas



Hacen incidencia legislativa



Hacen interlocución con actores políticos



Trabajan con actores internacionales de derechos humanos

"HAY TRES CAMINOS QUÉ SEGUIR: sentarte a llorar, hincarte a rezar o salir a buscar; yo opté por el tercero". Habla Evangelina Contreras, quien no ha dejado de buscar a su hija Tania; en sus palabras se puede reconocer la historia compartida de las mujeres que, a partir de una tragedia personal, se han levantado, han desarrollado organización, actúan con solidaridad con sus pares y son protagonistas involuntarias de la agenda pública en México.

Ninguna de las mujeres entrevistadas tenía que ver con asuntos políticos antes de la desaparición de su ser querido ni tenía un conocimiento amplio del panorama de la inseguridad en México. "Cuando pasa lo primero

(la desaparición de dos de sus hijos) yo pensé que había sido por robarles, porque estaba totalmente ajena a la situación que se vivía en el país”, confiesa doña María Herrera. La investigación que desarrolló la familia por su cuenta la llevó a conocer el amplio dominio de la delincuencia organizada y las redes que la protegen.

“Vas conociendo cada cosa que dices: ¡Dios mío! ¿Y yo en qué mundo vivía?”, recuerda Columba Arroniz. El revuelo por el caso de los cuatro muchachos y la muchacha víctimas de desaparición forzada en Tierra Blanca la obligó a enfrentarse a un mundo de macrocriminalidad y a aprender a dar entrevistas en medio del dolor.

“Cuando me enteró que se estaba llevando doctores, ingenieros en sistemas, personas preparadas y de bien, y empecé a conocer a los familiares, me quedé incierta: ¿qué está pasando aquí?”, recuerda doña Mari.

Entonces, empiezan a buscar. Por todas partes y de todas maneras.

“Nos fuimos a buscar a mi esposo porque pensamos que se lo llevaron para Los Reyes, esos rumbos. Estuvimos yendo a buscarlo en los basureros, en el campo, y nunca encontramos nada”, ejemplifica María Elena. ¿Tuvieron acompañamiento?. “No. De nadie”, enfatiza. Una de las entrevistadas incluso llegó a presentarse ante los “jefes de plaza” del crimen para pedir que le dijeran dónde estaba su familiar.

Luego de enfrentar el caso propio en lo individual, viene el agrupamiento. A veces se encuentran en movilizaciones, en las tomas de muestras de ADN, en las infructuosas visitas a los Ministerios Públicos o en las asesorías de organizaciones de la sociedad civil. “Ellas empezaron a ver que yo buscaba mucho a mi hija y se empezaron a acercar: una señora tenía dos hijos desaparecidos, otra también, y así hasta que completamos como veintitantes desaparecidos en un pueblo tan chiquito”, dice Evangeline, originaria de Caleta de Campos, Michoacán. Virginia Garay se juntó con más personas en búsqueda y fueron a reunirse con el fiscal nayarita.

Así, el camino ya no se hace en soledad. Juntas, van compartiendo conocimientos, denunciando, pegando fotografías, organizando, buscando, llorando, fortaleciéndose de nuevo. Extrañando a la persona querida desaparecida y a la familia a la que no ven por estar en la búsqueda. Animándose y aprendiendo.

“Es entonces cuando ya empieza otro tipo de lucha. Ya no nada más por Guillermo, sino por todas y todos”, delinea Mercedes Ruiz. “Iniciamos el contacto con otras organizaciones a nivel nacional y se siente una fortalecida

porque encuentra el apoyo en otras que somos iguales porque estamos pasando por el mismo dolor. Entonces ya es diferente”, reconoce.

Su resiliencia –individual y colectiva– las ha llevado a descubrir una faceta que no conocían. “Todas, en este caminar en el que te mueres de miedo, toman fuerzas y valentía de no sé dónde para poder salir. Es un empoderamiento en las mujeres bastante fuerte, en decir: no necesito de un hombre para agarrar una pala y buscar a mi hijo. Muchas nos hemos descubierto en este proceso y nos hemos dado cuenta de lo que somos capaces de hacer”, describe Michelle Quevedo. “Lo que nos ha ayudado muchísimo a las víctimas son las organizaciones de la sociedad civil con las que contamos. Ellas nos dicen qué debemos exigir, qué papeles pedir, cuáles son nuestros derechos, las leyes que debemos leer”, agrega.

“Estamos de cierta manera empoderadas, sabemos lo que estamos haciendo y reclamamos nuestros derechos”, suma Mercedes.

Estas mujeres han desarrollado una integralidad de conocimientos que aplican en toda la complejidad de la búsqueda. Las capacitaciones que han recibido vienen tanto de aportes de estudiantes, organizaciones de la sociedad civil e instituciones de educación como habilidades desarrolladas por cuenta propia y compartidas con sus compañeras.

Esto ha sido todo un reto para quienes venían de un mundo totalmente ajeno a las violaciones a derechos humanos. Algunas de ellas ni siquiera tenían necesidad de usar computadoras o teléfonos inteligentes en su vida cotidiana y se vieron obligadas a dominarlos aceleradamente.

De ahí, las mujeres saltan a las transmisiones en vivo de reuniones, a las campañas de solidaridad en redes, al uso de drones y tecnologías de búsqueda, a la organización por redes sociales, al análisis de leyes y derechos, etcétera. Devoran los conocimientos necesarios para su trabajo, establecen alianzas con otros sectores sociales sensibles y crean formas de encontrar a las personas que faltan, pidiendo que se les allegue información anónima, lanzando mensajes en iglesias y escuelas, sensibilizando a grupos vulnerables...

Sin duda, la principal labor que realizan en el día a día es el acompañamiento; siete de ellas refieren que es su actividad más importante. Consiste en recibir a las nuevas personas que buscan, escucharlas, comprender en qué etapa de su proceso de investigación y personal se encuentran y darles orientación, tanto organizativa como jurídica e incluso consejos prácticos para afrontar lo que viene. Se activan los conocimientos que han

adquirido sobre el camino jurídico y los contactos que han establecido anteriormente con funcionarios.

Otra parte de ellas se especializa más en ciertas disciplinas. Michelle Quevedo no acude a las búsquedas de fosas ni le llama tanto la atención el tema penal. Ella, ahora estudiante de criminalística, prefiere hacer tareas de investigación relacionadas con la tecnología, como examinar *whatsapp*s, sábanas de llamadas, conexión en redes sociales, entre otras. También ha participado directamente en el Consejo Ciudadano de la Comisión Nacional de Búsqueda y en el equipo que trabajó la Ley Nacional de Declaración de Ausencia. Jocelyn enfoca su trabajo al acompañamiento psicológico entre iguales, es decir, a partir de la especialización de familiares y la participación de profesionales de la psicología con apertura y sensibilidad, de corazón a corazón.

Donde todas convergen es en la organización de las redes de apoyo solidario en todo el país, muchas de ellas construidas por medio de Facebook, y en las movilizaciones. “Ahorita nos hemos unido de tal manera las madres del país –y hasta las de fuera– para que cualquier resto que se encuentre, decimos: ¡es mi hijo!”, resume María Herrera.

Las mujeres también han debido extender sus habilidades hacia las relaciones con diversos grupos políticos y sociales. Hay experiencias, por ejemplo, con grupos feministas, con organizaciones vecinales, con iglesias, con instituciones educativas, con sindicatos, con grupos estudiantiles, con periodistas, con organizaciones de la sociedad civil, con mecanismos internacionales de la ONU y del sistema interamericano, con partidos políticos, etcétera.

Ellas reconocen todo lo que estas personas les han aportado solidariamente y también han aprendido a reconocer malas intenciones en otros casos, particularmente con temas políticos o con medios de comunicación amarillistas.

Los esfuerzos organizativos han rendido frutos no solamente al lograr encontrar a personas con vida; al hallar tesoros que, de lo contrario, estarían condenados a permanecer lejos de sus familias; al incidir en leyes que puedan revertir el estado de las cosas y hacer más llevadera la búsqueda; al obligar a los funcionarios a responder a las interpelaciones. También hay un crecimiento difícil de dimensionar aún en cuanto a sus impactos en el movimiento de familiares y en el movimiento social. “Cuando sucedió lo de los 43, fuimos las primeras a las que (los colectivos estudiantiles)

nos llamaron. ‘Compañeras, ¿qué hacemos? Vengan, platican, vengan ustedes a encabezar’, Entonces sí, nos sentimos valoradas”, comparte Mercedes Ruiz.

Sin embargo, este importante papel de las mujeres para resolver la crisis de desapariciones no es apoyado siempre por la sociedad. La cara opuesta de las personas solidarias son aquellas que critican todo lo que hacen. “Nos dicen las locas de las palas”, dice Rosa Neris. Profanadoras de tumbas. Argüenderas. Chismosas. Vividoras. Las descalificaciones llegan desde las autoridades e incluso desde la propia familia. Dice doña Mari que la gente no acaba de entender que si no se detiene la situación, pronto le tocará a los más pequeños de sus hogares: “Si todas vamos a permanecer apáticas, insensibles al sufrimiento, esto no se va acabar nunca”.

Aunque la búsqueda organizada de personas desaparecidas tiene ya más de cuatro décadas en México –si ponemos la creación de los primeros comités de familiares en defensa de los presos políticos en los años setenta como punto de partida–, la masividad del fenómeno a partir del año 2006 y su extensión hacia víctimas que no eran parte de grupos opositores al Estado obligó a estas madres, hijas y esposas a entrar en contacto con organizaciones que ya actuaban en ese campo o en el de lucha contra la criminalidad.

Sin embargo, las particularidades de la desaparición de sus familias las empujó a buscar otras formas de organizarse que han marcado el panorama político y social del presente.

Sin duda, María Herrera personifica este camino. Luego de comenzar la búsqueda únicamente con su familia, doña Mari se acercó a organizaciones de víctimas del terrorismo de Estado o contra la delincuencia, particularmente los secuestros. No recibió la respuesta que esperaba. Luego, en 2011, fue invitada a unirse a la caravana del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad, la primera organización nacional de familiares y víctimas de la llamada “Guerra contra el narcotráfico”. Durante los diálogos de ésta con el entonces presidente Felipe Calderón, en el año 2011, doña María increpó al mandatario. En ese momento, su voz quebrada por el llanto, pero firme, se volvió emblema de las miles de víctimas que ya se acumulaban por todo México.

“Ahí nos cambió un poquito la situación. Un poquito porque hasta ahora, no tengo respuesta concreta de dónde están mis hijos”, sentencia doña Mari. Con el reflujo del movimiento llegaron, primero, la decepción,

y después la iniciativa de reunir a los grupos que habían respondido a la Caravana en todo México con la idea de salir a buscar. Así, en 2013 nació Red de Enlaces Nacionales –conformada por más de 30 colectivos de toda la República– y en 2014 se fundó Familiares en Búsqueda María Herrera A.C. Estas dos organizaciones han coordinado ya cinco brigadas nacionales de búsqueda, que hacen trabajo en iglesias y escuelas, buscan en vida y rastrean para localizar fosas.

Doña Mari valora que “es muy hermoso que hubo una respuesta muy buena de la gente (a los encuentros), pero es triste porque nos indica que lo que estamos viviendo en México, lejos de aminorar, va en aumento”. Ella agradece la acogida que les han dado especialmente en las universidades.

Ella también anticipó: “Ojalá que con el nuevo gobierno la situación cambie, pero no tenemos que estar confiando y esperar a que lo haga. Tiene que participar la sociedad para lograr un cambio verdadero”.

¿Su motivación? “Yo no quiero este México para mis nietos”.

LA FUERZA ES COLECTIVA

Para estas mujeres, su nueva familia son sus pares en búsqueda. “Va teniendo una ese acercamiento, esa identificación más fuerte, por ejemplo de madre a madre, entre hermanas o entre esposas. Ese hermanamiento nos acerca y nos fortalece”, describe Mercedes Ruiz.

Como en toda familia, hay diferencias –“somos personas llenas de dolor”, explica Jocelyn–, pero todas refieren que su fuerza y su motivación, además de la posibilidad de encontrar a su ser querido, es el compromiso con las otras madres, hermanas, cuñadas, esposas, hijas e hijos que también buscan. Las y los desaparecidos ya son de todas y esa idea es la fuerza que las empuja a no desfallecer en el camino.

“Si yo no tuviera compañías, no tuviera responsabilidad, a lo mejor yo estaría en mi casa, acostada, sin quererme levantar ni hacer nada”, piensa Virginia.

Muchas encontraron en la organización para la búsqueda la manera de encauzar sus ganas de ayudar a otras personas y de aliviar un poco el dolor que no desaparece. Desean que nadie sufra la aflicción tan grande que a ellas ya les tocó y tratan de ayudar a que el camino sea un poco menos penoso para quienes están llegando recientemente con su desgracia. “Eso es lo que me reconforta en mi vida personal”, admite Michelle Quevedo.

Así, el aprender a organizarse, descubrir sus capacidades, el sentirse más humanas y conocer a personas solidarias es lo que ellas consideran la parte más luminosa de un camino en el que nunca pidieron estar. “Mi mejor experiencia es este crecimiento y ese aprendizaje desde su desaparición. Lo peor son las autoridades y las instituciones (oficiales) de derechos humanos”, explica Mercedes Ruiz. Aprecian especialmente a quienes sin tener una persona desaparecida, van en un tramo del camino con ellas.

Doña Columba trae a la memoria especialmente un episodio. Un día, llegó al campamento de familiares un señor que “era un viejito y trabajaba de albañil. Nos dijo: Aquí le traigo 50 pesos, es lo único que yo tengo, pero quiero ayudarlos. Ahí estaba mi cuñada y le respondió: No, señor, ¡cómo cree! El señor le pidió: No me desprecie, por favor, porque me voy a sentir mal. Compre flores, velas, lo que quiera. ¡Era lo único que tenía y nos lo daba!”, recuerda.

Algunas de estas mujeres sueñan con el día en que encuentren a su ser querido y puedan, por fin, tener un poco de paz. Quizá hasta en volver a las casas que tuvieron que abandonar. Al mismo tiempo, casi todas las entrevistadas reconocen que su sensibilidad es diferente y que, en caso de encontrar a su tesoro, les gustaría seguirán buscando a los de las demás.

Sus vidas han dado un giro que no buscaron pero que enfrentan con valentía. “Yo quisiera tener más tiempo para ayudar a otras mujeres, porque muchas veces estar en soledad nos lleva a desistir de la lucha. Muchas dejan de buscar porque no tienen apoyo”, remata Mercedes.

Los años acumulados de experiencia han hecho que las buscadoras ubiquen algunas claves para sobrellevar este camino.

Todas señalan que es útil saber con detalle y desde el principio que es un camino difícil. Mercedes Ruiz considera que “el hecho de saber a qué nos enfrentamos nos da las herramientas de fortalecernos. El conocer nuestros derechos también nos fortalece. Además, el conocer las etapas por las que va uno pasando y saber que tal reacción es normal”.

Luego, el no dejar de cuidarse. Doña Mari Herrera, con una búsqueda que suma más de diez años, advierte: “Sean persistentes pero cuídense; estén pendientes de su salud y dense tiempo para ir al doctor. A mí de mi pulmón me dicen que ya no hay nada qué hacer, y fue que me descuidé por querer dar todo para estar”.

Si la persona se cuida, podrá continuar en la búsqueda. Y “no se cansen, porque si se cansan, no se puede vivir. Al menos en la búsqueda sientes que estás haciendo algo por ellos”, aconseja Columba Arroniz.

“Y tejer redes de apoyo”, insiste Mercedes Ruiz.

Para doña Mari, “el mismo amor es lo que nos da la fuerza para seguir adelante”. 



7





LA RESPONSABILIDAD DEL ESTADO

ESTAS MADRES, ESPOSAS, HIJAS, INSISTEN EN QUE, POR AMOR y ante la impunidad, han tomado en sus manos una responsabilidad que es, por definición, de las autoridades, “porque es obligación del Estado protegernos a todos y garantizar nuestra seguridad”, apunta Mercedes Ruiz.

Ellas saben que hay un estado de emergencia y su experiencia les muestra que la presión de las familias siempre será indispensable, sin importar quién gobierne, para empujar lo más urgente: la determinación del paradero de las y los desaparecidos, sea mediante la búsqueda en vida o, dada la atroz violencia que hemos vivido, mediante la identificación de cuerpos y restos.

Doña Mari lo define así: “A nosotros nos dicen que tenemos que dejar que el gobierno haga su trabajo, pero a nosotros nos urge y al gobierno no”. Por eso, las mujeres hacen efectivo, en conjunto con sus colectivos, el derecho ganado a participar en la investigación y la búsqueda. Ejercicios ciudadanos de búsqueda como las brigadas, así, terminan siendo verdaderos ejercicios de autotutela de derechos que el Estado ha dejado de garantizar; legítimas expresiones de desobediencia civil que continuarán en tanto no se diseñen políticas públicas efectivas para atender la emergencia.

Las búsquedas ciudadanas son, desde esa perspectiva, también una expresión de protesta y de desesperación que no puede replicarse en todos los contextos. En no pocas regiones del país la violencia persiste a tal punto que las búsquedas ciudadanas son imposibles por las amenazas que se ciernen sobre los colectivos.

Justamente por ello es imposible dejar de interpelar a la responsabilidad del Estado como ocurre siempre cuando se trata de personas desaparecidas.

Por ejemplo, hoy por hoy, una preocupación común y urgente es lograr que los tesoros hallados sean objeto de una identificación pronta y certera, de modo que miles de familias puedan terminar con el duelo suspendido. “Lo que se necesita son los bancos de ADN para que de ahí se puedan hacer los comparativos y puedan entregarse todos esos miles y miles de restos que hemos encontrado”, apunta con insistencia doña María Herrera.

El funcionamiento efectivo del Sistema Nacional de Búsqueda y de la Ley General en Materia de Desaparición Forzada de Personas es fundamental. Pero la crisis es de tal magnitud que, sin duda, hoy debemos pensar también medidas adicionales y excepcionales. Una alternativa esperanzadora lo puede ser la concreción de un Mecanismo Extraordinario de Identificación Forense que, con la ayuda de expertos internacionales, pueda dedicarse por entero a devolver la identidad a los tesoros hallados en los esfuerzos impulsados por los colectivos y a tantos otros que esperan olvidados en las morgues del país.

Como advierten las madres, sin identificación, los enormes sacrificios que asumen para realizar sus hallazgos no están sirviendo de nada. Esta innovación no sería menor: supondría que los estados y la Federación acuerden esquemas de trabajo conjunto con una lógica humanitaria. Pero al margen de que ese mecanismo se concrete o no, lo cierto es que los estados y la Federación están obligados a dedicar más recursos y esfuerzos para revertir el rezago forense, lo que obviamente no supone dejar de lado la justicia.

Entre las madres hay expectativas de alcanzar algún día la verdad sobre el paradero de sus hijos. No hay ingenuidad. Doña María Herrera, reflexionando sobre la necesidad de no dejar de interpelar al Estado, señala: “Esperemos que este gobierno vea todas esas necesidades y se ponga las pilas. Pero la sociedad debe estar detrás del gobierno”. Sólo la presión que generan las familias, con actividades como las brigadas, moverá a instituciones que por demasiado tiempo han sido indolentes. Por eso, las brigadas y otras actividades de los colectivos deben ser respetadas en sus interpellaciones, por duras que se lleguen a tornar. Más aún, las y los servidores públicos del Estado mexicano deben entender que son las familias las que en estos años cruentos han acumulado experiencias, para entonces diseñar con su participación políticas públicas que se nutran con ese saber.

Como ya lo explicaba el informe coordinado desde la sociedad civil sobre impactos psicosociales en el caso Ayotzinapa: "A pesar del alto

costo que representa para los familiares en términos de riesgo y de los impactos psicosociales que significa confrontarse con la extrema残酷 de los métodos de desaparición y el hallazgo masivo de fragmentos óseos, la posibilidad de identificar los restos encontrados y restituirlos a sus familias tiene un efecto reparador".⁴

Es cierto: que grupos de mujeres se vean orilladas a salir a buscar a sus seres queridos en las regiones del país que la violencia ha devastado es una realidad atroz de altos costos. Los impactos en la salud son duraderos y los peligros, en extremo amenazantes. Pero junto con esa realidad de horror, de los colectivos surge también una luz de esperanza. En la resiliencia de estas familias, que se acompañan y se apoyan, se vislumbra la compasión y la empatía que tanto necesita el país para salir de su noche negra. La historia de "las locas de las palas" es, a no dudar, una historia de dolor; pero también es un testimonio de entereza, de sororidad, de resistencia y, en última instancia, de profundo amor. 

⁴. ANTILLÓN, Ximena, *Yo sólo quería que amaneciera. Impactos psicosociales del caso Ayotzinapa.* México, 2017. Disponible en: <https://bit.ly/2VryKhY>



NOS LLAMAN
LAS
LOCAS
DE LAS
PALAS

El papel de las mujeres en la búsqueda
de sus familiares desaparecidos

Terminó de editarse en febrero de 2020

Para su composición se utilizaron las tipografías
The Sans y Latinna Essential.



NOS LLAMAN LAS **LOCAS** DE LAS **PALAS**

El papel de las mujeres en la búsqueda
de sus familiares desaparecidos

AL IGUAL QUE DURANTE LAS DÉCADAS DE LOS SESENTA A LOS OCHENTA del siglo pasado, la impunidad de las desapariciones ha sido enfrentada primordialmente por la resiliencia y la fuerza de las familias de las víctimas. A través de la organización en colectivos, la movilización, la búsqueda directa y la incidencia política, las familias han reconfigurado tanto el mapa de la sociedad civil organizada como la caracterización de las víctimas de violaciones a derechos humanos, han logrado que su voz se escuche y han señalado los puntos álgidos de la situación.

Dentro del movimiento de familiares, las mujeres juegan el papel principal. Desde el Centro Prodh nos dimos a la tarea de entrevistar a nueve de ellas para conocer su experiencia ante el aparato de justicia, las consecuencias económicas, físicas y sicológicas que les ha traído la desaparición y la búsqueda y su papel como sujetas políticas. Los hallazgos, si bien no pueden ser tomados como un estudio sociológico –este material fue planteado como un reportaje– sí nos permiten a las organizaciones acompañantes, a la sociedad en general y al mismo movimiento de familias comenzar a dimensionar los impactos en las mujeres que buscan a quienes nos faltan a todos, apreciar el trabajo que hacen e imaginar formas de solidaridad con ellas y sus colectivos.

